



CRÍMENES PARA RESOLVER

DANIEL SAMOILOVICH



bolsillo

43 CRÍMENES PARA RESOLVER

Daniel Samoilovich

Ilustraciones de Marcelo Benítez



Colección dirigida por Oriol Comas

© D. Samoilovich, 2008

© Ilustraciones, Marcelo Benítez, 2008

© 2007, Ediciones De Mente

Corrientes 1312, piso 8; Buenos Aires (Argentina)

© De esta edición: 2008, RBA Libros, S.A.

Santa Perpetua, 12 - 08012 Barcelona

rba-libros@rba.es / www.rbalibros.com

Primera edición de bolsillo: septiembre 2008

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Ref.: OBOL219 / ISBN: 978-84-9867-279-4

DEPÓSITO LEGAL: 8-32.466-2008

Composición: Manuel Rodríguez

Impreso por Liberduplex (Barcelona)

INDICE

NOTA DEL AUTOR	7
1. EL CASO DE LOS NOMBRES INVENTADOS	8
Solución.....	10
2. EL CASO DEL HOMBRE ATADO	11
Solución.....	13
3. EL ASESINO ES.....	14
Solución.....	16
4. EL CASO DE LAS MALDITAS HUELLAS.....	17
Solución.....	19
5. EL CASO DEL PÁJARO DE ORO	20
Solución.....	22
6. CON POCO, MUCHO	23
Solución.....	25
7. EL CASO DE LA JOVEN HEREDERA.....	26
Solución.....	28
8. BATMAN Y ROBIN, AL ATAQUE	29
Solución.....	31
9. EL VEINTE POR CIENTO DE NADA	32
Solución.....	34
10. LOS TRILLIZOS NOODLES.....	35
Solución.....	37

11. MUERTE Y OPORTUNIDAD	38
Solución.....	40
12. EL CASO DEL MILLONARIO ESCRITOR.....	41
Solución.....	43
13. EL ROBO AL BANCO EXPRESS	44
Solución.....	46
14. EL CASO DEL CUIDADOR ASESINADO	47
Solución.....	49
15. DE LO CORRECTO A LO INCORRECTO.....	50
Solución.....	52
16. EL CASO DEL HIJO ASIÁTICO	53
Solución.....	55
17. EL MEJOR DETECTOR DE MENTIRAS.....	56
Solución.....	58
18. EL CRIMEN DE CHICHÉN ITZÁ	59
Solución.....	62
19. EL CIRCO DEL CRIMEN	63
Solución.....	65
20. LA FIESTA DE LA MAFIA.....	66
Solución.....	68
21. SWINGING LONDON	69
Solución.....	73
22. EL CASO DE LOS SOCIOS DISOCIADOS	74
Solución.....	76

23. EL CASO DE LAS PINTURAS RUPESTRES	77
Solución.....	79
24. CITA EN EL MUSEO	80
Solución.....	82
25. LA TRAVESURA DE LOS DOS MILLONES.....	83
Solución.....	85
26. EL CASO DEL VENDEDOR AFANOSO	86
Solución.....	88
27. ¿CUÁNTOS ERAN TODOS?	89
Solución.....	91
28. EL GRAN PASO	92
Solución.....	94
29. EL CASO DEL TESORO SUMERGIDO.....	95
Solución.....	98
30. EL CASO DE LA CARTA INGLESA	99
Solución.....	101
31. EL CASO DEL VENTANAL PARLANTE	102
Solución.....	104
32. EL AZAR ACUSA AL PINTOR.....	105
Solución.....	108
33. LA CONJURA RACISTA.....	109
Solución.....	111
34. ¿QUIÉN MATÓ A TIMOTHY GRANT?	112
Solución.....	115

35. PARÍS, 1979.....	116
Solución.....	119
36. EL CASO DEL SEXTO DISPARO	120
Solución.....	123
37. MORIR EN PRIMAVERA.....	124
Solución.....	126
38. LA EDAD DORADA.....	127
Solución.....	129
39. UN CASO MARCIANO	130
Solución.....	132
40. EL VIDRIO ILÓGICO	133
Solución.....	135
41. EL CASO DE LOS CUATRO PISTOLEROS.....	136
Solución.....	137
42. LA BATALLA DE PRINCETON.....	138
Solución.....	140
43. EL RASTRO DEL PASEANTE	141
Solución.....	143

NOTA DEL AUTOR

Cada uno de los casos que siguen plantea un problema que los lectores están invitados a resolver. Llegar a la solución requiere astucia, atención y sentido común, pero los problemas no contienen trampas, de modo que si se dice: «El laboratorio nos informa que la muerte de la señora Randall ocurrió hace unas seis horas», la solución no será que en el laboratorio se han equivocado y la pobre señora Randall acaba de morir. Sí pueden mentir, claro, los criminales, pero el lector siempre tendrá una leal oportunidad de descubrirlos.

Además, en muchos acertijos, suele haber una cuota de «ruido», datos no relevantes que están allí para esconder la información sustancial: su tarea, lector, como la de los detectives reales, será justamente separar el trigo de la paja y llegar a lo que verdaderamente importa; a veces, un detalle simplísimo que, si no se presta atención, pasa inadvertido.

Hay problemas más fáciles y más difíciles, y están mezclados a lo largo del libro; por otra parte, según el tipo de «mente» de cada uno, lo que es difícil para uno es sencillo para otro. Aquí descubrirán ustedes qué tipo de detective son: si el más inclinado a correlacionar datos lógicamente, si el más hábil para pescar las mentiras de los estafadores...

En cualquier caso, quien resuelva la mitad más uno de los problemas incluidos puede considerarse un avezado sabueso. Las soluciones se encuentran en las últimas páginas del libro.

Y no más advertencias; ahora, van a entrar en el rudo mundo del crimen... ¡Alerta, y buena suerte!

1. EL CASO DE LOS NOMBRES INVENTADOS



El profesor Sisley acababa de cenar cuando sonó el teléfono. Pidió a su amigo, el comisario inspector Bernard Cross, que le diera un minuto para encender su cigarro, y luego se dispuso a escuchar:

—Sisley —dijo el comisario Cross—, estoy en un aprieto. Tengo aquí a varios sospechosos de integrar una banda de contrabandistas; les he pedido alguna identificación, y todos tienen sus carnets de conducir. No tengo tiempo ahora de verificar si los carnets son verdaderos o están falsificados; no soy un especialista en carnets de conducir, pero esta gente no me gusta y tengo la intuición de que son unos farsantes.

—Una intuición es tu creatividad que trata de decirte algo, Bernard. Lo escribió el famoso director de cine, Frank Capra.

—¡Sisley, no me vengas con frases! Si mi intuición trata de decirme algo, o bien tiene la lengua enredada por haber bebido mucho, o bien yo estoy medio sordo, porque no entiendo lo que me dice. Y si no consigo algo un poco más contundente que mi intuición, tendré que dejarlos libres.

—A ver, dime cómo dicen llamarse tus sospechosos.

—OK, según estos malditos carnets los pájaros se llaman: Vanesa O. Luner, Gastón Whin, T. Estela, Aaron Battlefield y Sara C. Cofinns.

—¿Podrías deletrear el apellido de ese tal Gastón Whin?

—W-H-I-N.

— ¡Vaya si serán tontos! ¡Mira los nombres que se han puesto!

—¿Verdad, Sisley, que son nombres un poco raros?

—El de Mr. Battlefield puede que sea verdadero; los demás son obviamente falsos. Están contruidos mezclando las letras de cosas que todo Estados Unidos conoce perfectamente bien.

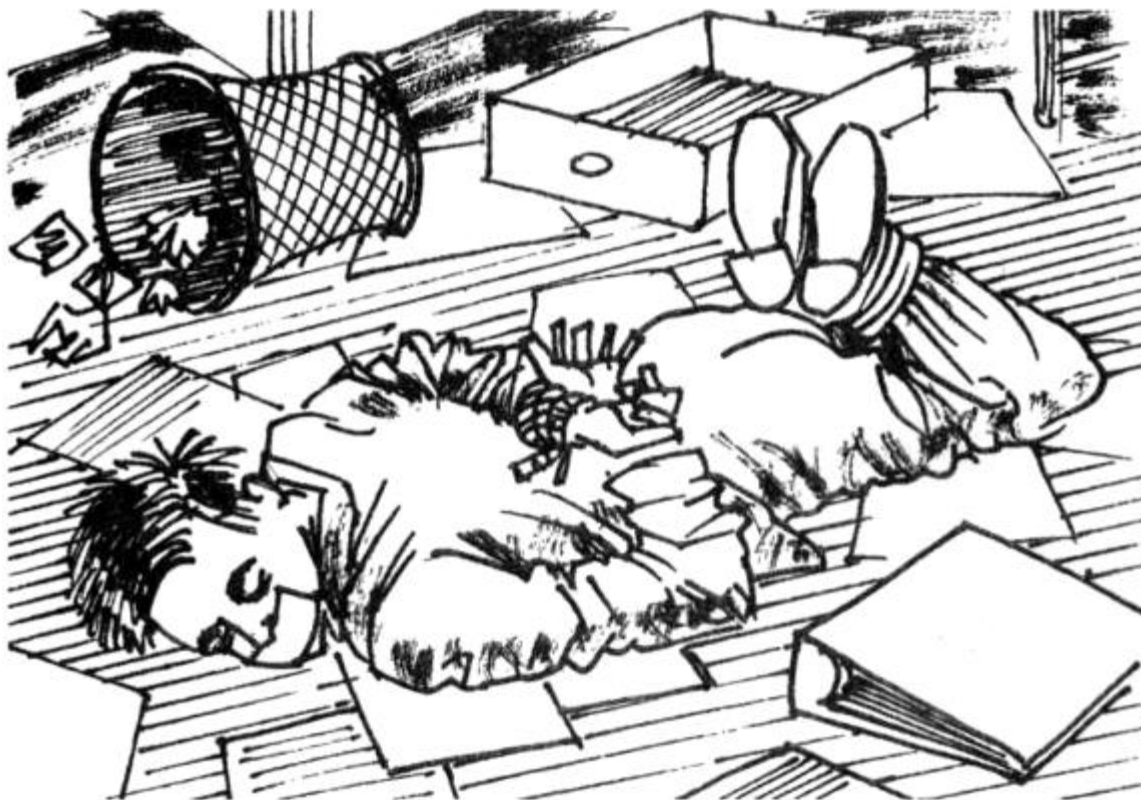
¿A qué se refiere Sisley? ¿Qué tienen de particular los nombres de los sospechosos, excepto el de Mr. Battlefield?

Solución

1. EL CASO DE LOS NOMBRES INVENTADOS

Todos, menos Battlefield, han construido sus nombres entremezclando las letras de grandes ciudades norteamericanas: Vanesa O. Luner = Nueva Orleans, Gastón Whin = Washington, T. Estela = Seattle y Sara C. Cofinns = San Francisco.

2. EL CASO DEL HOMBRE ATADO



Tras un agradable almuerzo, el profesor Sisley y su amigo, el notario Alfred Ericson, se encaminaron al despacho de éste en un edificio de la Avenida Madison; no tan agradable fue la sorpresa de ambos al atravesar la sala de espera del despacho y entrar en él. Allí estaba la caja fuerte abierta, papeles desparramados por todo el piso, y sobre los papeles, como si fuera un lechón presentado en una bandeja, firmemente atado y con una cinta adhesiva en la boca, el joven secretario de Ericson, Albert Barney.

El notario se precipitó a auxiliar a su ayudante, que en tan desairada posición estaba, mientras Sisley encendía un cigarro y pegaba una ojeada a la caja fuerte. Ahí adentro se veían apilados varios sobres que probablemente contuvieran documentos, un pequeño estuche cerrado de cartón azul y no mucho más.

Mientras tanto, Barney parecía repuesto, y en condiciones de contar su odisea:

—Estaba trabajando, con la caja fuerte abierta, cuando aparecieron los maleantes. No sé cómo habrán entrado, tal vez con una ganzúa. Eran tres, y estaban armados. Me ataron así como usted me encontró, y se precipitaron sobre la caja fuerte, tomaron el dinero y, no contentos con eso, empezaron a

revolver el despacho, abriendo carpetas, volcando su contenido y revolviendo por todos lados.

—¿Había cosas de valor en la caja? —preguntó Sisley a su amigo.

—Había unos 20.000 dólares en efectivo, creo, algo más que de costumbre. De todos modos, el dinero estaba asegurado. Lo que más me preocupa es el desorden, y el susto que le han pegado a este pobre joven.

—¿Qué hay en el estuche de cartón?

—Una medalla que le dieron a mi padre en la guerra. ¿Se la han llevado? Eso me apenaría mucho, la verdad.

Sisley se dirigió a la caja fuerte, se puso unos guantes, abrió el estuche y confirmó que la medalla estaba allí. Luego, se dirigió al secretario:

—¿A qué hora fue el asalto?

—Serían las 13, más o menos, y habrán estado aquí unos diez minutos. Cuando se fueron, traté de soltarme, pero no pude moverme un milímetro; como usted vio me habían atado bastante bien.

—Efectivamente, lo ataron muy bien, pero todo lo demás lo hicieron muy mal. Me temo, Alfred, que este joven fue cómplice de los ladrones.

¿Por qué sospecha Sisley del secretario?

Solución

2. EL CASO DEL HOMBRE ATADO

Si lo primero que los ladrones hicieron fue atar al secretario, es imposible que quedara sobre los papeles volcados en el suelo; él mismo dice que no pudo «moverse un milímetro». Los ladrones fueron directamente a tomar el dinero y luego volcaron los papeles para dar una escenografía al robo; finalmente, ataron a su cómplice, el secretario, y se fueron.

Por otra parte, el hecho de que no hayan rebuscado en la caja fuerte (los documentos que allí había quedaron en orden), muestra que sabían exactamente qué era lo que había de valor en la misma: el dinero en efectivo, y nada más; el estuche con la medalla ni se molestaron en abrirlo: si lo hubieran hecho, no se hubieran tomado el trabajo de cerrarlo.

3. EL ASESINO ES...



—¿Cómo va eso, Bernard? —preguntó el profesor Sisley.

—Una de cal y otra de arena. Como sabes, el mes pasado un grupo de sicarios, que actuaban por cuenta del clan Armerina, emboscó el automóvil de un «capo» rival, Carlo Minucci. Lo esperaron en un camino rural, lo hicieron detenerse, lo bajaron del automóvil y lo mataron de un limpio balazo en la nuca. Bien, ayer logré atrapar a la banda completa de los cuatro que actuaron en el crimen.

—Supongo que esa es la de cal. ¿Y cuál es la de arena?

—Que hoy he perdido a un valioso informante que tenía metido entre los Armerina, que están cada vez más envalentonados. Para colmo de males, lo mataron justo cuando iba a decirme quién de los cuatro pájaros que tengo presos es el que apretó el gatillo y ejecutó a Minucci.

—Imagino que no has podido convencerlos a ellos mismos de que te lo digan.

—¡Muy bien imaginado, Sisley! En realidad, han hablado bastante, pero no puedo sacar nada en limpio de lo que han dicho; se acusan mutuamente, eso es todo.

—¿Y qué pasó con el informante?

—Estábamos hablando por teléfono, le leí las declaraciones de los presos y me dijo: «Tres de los muchachos le están mintiendo y uno dice la verdad. El asesino es...»; y ahí mismo escuché el balazo con que lo mataron.

—A ver, léeme a mí también exactamente qué dijeron.

El comisario rebuscó entre sus notas y leyó:

—«Albertazzi afirma que Verduchi fue quien ejecutó al capo; Verduchi afirma que fue Marasso; Marasso dice que Verduchi miente cuando dice que fue él; y Bardana declara que él no fue.» ¡Pura basura! ¿Qué va a hacer uno con este hato de mentiras contrapuestas?

—Sin embargo, tu informante llegó a decirte que una de esas afirmaciones era verdad. En ese caso —y espero que ahora ninguna bala venga a tronchar mi apacible vida— el asesino es...

¿Puede el lector deducir quién es el asesino?

Solución

3. EL ASESINO ES...

Bardana. Explicación: Verduchi y Marasso se contradicen; por lo tanto, si uno miente el otro dice la verdad, y viceversa. Así sabemos que el único veraz es uno de ellos dos. Por lo tanto Albertazzi y Bardana mienten, y como Bardana dice que él no fue el asesino, pues sí fue.

4. EL CASO DE LAS MALDITAS HUELLAS



Era curioso que cupiera tanto desorden en un recinto tan pequeño: los ladrones no habían dejado un centímetro cuadrado sin revolver de aquella mínima joyería de la calle 47, en el corazón del llamado Diamond District de Nueva York.

—Han dejado todo hecho un revoltijo, pero han realizado un trabajo limpio — dijo el comisario Cross al profesor Sisley, que acababa de llegar—. Han desconectado la alarma y las videocámaras exitosamente, han revuelto todo, han dejado todas las chucherías tiradas por aquí, y se han llevado sólo las piedras de mayor valor. Trabajaron todo el tiempo con esos dos pares de guantes de goma amarillos que ves tirados allí, donde los dejaron, y no hay caso de encontrar una huella digital. Ni un fragmento de una maldita huella.

—Me extrañaba que tardaras tanto en empezar a maldecir —comentó lacónicamente el profesor Sisley.

—¿Quieres que maldiga un poco más? Puedo hacerlo: realmente no tengo por dónde empezar. Parece evidente que no ha sido un maldito empleado de la joyería, porque si no los ladrones no hubieran tenido que revolver tanto; en los pocos segundos que la maldita cámara llegó a filmar, los dos delincuentes

aparecen cubiertos con pasamontañas; no son muy altos ni muy bajos, ni tienen ninguna maldita seña que me sirva para identificarlos. ¿Está bien así?

—Muy bien —respondió alegremente Sisley—. ¿Sospechosos?

—Varios —dijo el comisario Cross—. Tengo en la ciudad, entre residentes y visitantes, a unos veinte o treinta experimentados ladrones de joyas, pero malditas las ganas que tengo de investigar las coartadas de todos ellos.

—No hará falta —dijo el profesor—. Mira, no creo que este sea un trabajo de tus delincuentes muy experimentados; podemos encontrar unas buenas huellas digitales por aquí.

—¿No te digo que no hay ninguna? Mira los mostradores, las joyas descartadas, la alarma, las puertas, los interruptores de luz... todo cubierto de polvo detector, y ni una maldita...

—Hay un lugar que, según veo, no has investigado, y donde probablemente haya unas huellas bien marcadas.

El comisario Cross miró alrededor, y de pronto cayó en la cuenta de dónde podían estar las malditas huellas. Sonriendo, volvió a tomar el frasco de polvo detector y se dispuso al trabajo.

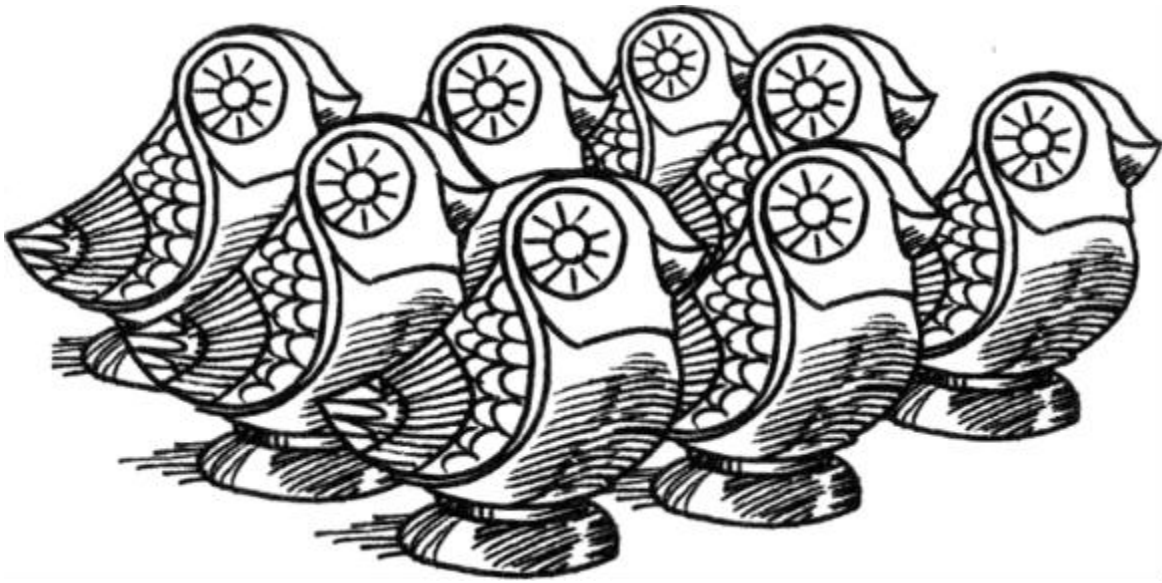
¿De qué se ha dado cuenta el comisario Cross? ¿Dónde le falta buscar?

Solución

4. EL CASO DE LAS MALDITAS HUELLAS

El lugar que falta revisar, y donde es muy probable encontrar huellas dactilares, es el interior de los guantes de goma. Los guantes de goma son un gran venero para los investigadores: si son muy delgados y ajustados, a veces las huellas quedan claramente marcadas en los objetos a través de los guantes; y si son amplios y de goma más gruesa, como parecería ser este caso, las huellas quedan marcadas en el interior de los guantes. Los delincuentes experimentados lo saben, y no usan guantes de goma o, si lo hacen, no los abandonan en el lugar del crimen.

5. EL CASO DEL PÁJARO DE ORO



—Ustedes saben —dijo el profesor Sisley a sus alumnos de la Escuela de Investigadores— que Bután es hoy un gran exportador de energía hidroeléctrica, cuyo comprador es principalmente la vecina India. Pero hasta mediados de los años 60, Bután carecía de electricidad y, a cambio, abundaba en templetes consagrados a Buda, yaks y contrabandistas.

Desde luego, los alumnos no lo sabían, ni eso ni casi nada sobre aquel pequeño reino asiático: pero hartos de las tablas de tiempos de descomposición de cadáveres, las complejidades del nuevo sistema AFIS de identificación de huellas digitales por ordenador y los polígrafos de última generación, esta evocación de un pequeño reino perdido en el Himalaya, bullendo de delincuentes, consiguió despertarlos un poco.

—Bien, corría el año 1961 y un grupo de contrabandistas se habían hecho con un pequeño pájaro de oro, robado de un templo budista del siglo xvi. Para poder sacarlo fácilmente del Reino, decidieron fingir que era una simple bagatela dorada; así, hicieron siete pájaros dorados más, iguales en aspecto al verdadero, esperando pasar el pájaro de oro y sus réplicas a través de la frontera como artesanías seriadas de escaso valor. Las réplicas eran muy buenas: de hecho, eran demasiado buenas, y eso se transformó en un problema para nuestros bandidos, porque tras una noche de mala borrachera con alcohol casero —la venta de alcohol estaba prohibida en todo el Reino— el pájaro verdadero se les confundió con los falsos.

Así fue que una noche, a la luz de las velas del único hotel de la capital discutían cómo hacer para identificar el verdadero pájaro de oro; el único dato útil que tenían para ello era el recuerdo de que era apenas un poco más pesado que los falsos. Se propusieron entonces ir a la mañana siguiente al bazar de la plaza central y pesar los pájaros en una balanza de dos platillos, de dos en dos, hasta encontrar el verdadero. Empero, no querían despertar sospechas pesando y pesando sus pajaritos; urdieron entonces la manera de distinguir el pájaro de oro en pocas pesadas. ¿Cuántas creen ustedes que será el mínimo de pesadas necesarias?

—Con tres es suficiente —dijo la joven teniente Trisha Richmond, una de las mejores alumnas de Sisley—. Se pesan cuatro y cuatro; la balanza se inclinará hacia el grupo de cuatro que más pese; se divide ese grupo en dos y dos, y otra vez la balanza se inclina al grupo más pesado; entonces se pesan los dos pájaros de ese grupo, y el más pesado es el de oro verdadero.

—Muy bien. ¿Y en dos pesadas, cómo lo harían?

¿Cómo lo haría usted, lector?

Solución

5. EL CASO DEL PÁJARO DE ORO

Se colocan tres pájaros en un platillo y tres en otro: si pesan igual, en la segunda pesada se comparan los pesos de los otros dos, y el caso está resuelto.

Si, en cambio, la balanza se inclina hacia uno de los grupos de tres, se toman los pájaros de ese grupo y se hace una segunda pesada colocando en cada platillo un pájaro: si la balanza se inclina hacia uno de los dos pájaros, éste es el de oro; si pesan igual, el de oro es el que quedó sin pesar.

6. CON POCO, MUCHO



Cuando el profesor Sisley dejó un peón en una posición descubierta, su antiguo camarada de la universidad, Martin Adams, lo tomó; pero unas pocas jugadas después, a resultas de esa captura, Adams perdió la dama y abandonó la partida.

—Oh, el viejo principio —dijo mientras guardaba las piezas—. Con nada no se puede hacer nada, pero aceptando perder un poco se puede ganar mucho. Lo malo es perder, un poco o mucho, por nada.

—Muy filosófico, Adams. Veamos, ¿qué te preocupa? Debe ser la primera vez que te gano, y no creo que hubiera podido lograrlo si no estuvieras distraído con algo.

—Bueno, sólo una tontería, pero una tontería perturbadora. ¿Ves a aquel caballero con chaqueta gris que está jugando junto a la ventana? Es un viejo conocido que disfruta de una posición muy acomodada, posición que a menudo él mismo se ocupa de desacomodar por su afición a la ruleta. Hace unas

semanas me pidió prestados 400 dólares, y cometí el error de acceder a su pedido. Desde entonces, le he pedido un par de veces que me los devuelva, y me ha dicho siempre que no los llevaba consigo. Me resulta incómodo insistir, pero también me resulta molesto no cobrar. Mira, acaba de terminar su partida. ¿Me permites un momento?

Adams se acercó al caballero y conversó un rato con él; Sisley vio que el hombre de la chaqueta gris sacaba un talonario escribía un cheque y lo entregaba a Adams, quien volvió junto a Sisley con cara de pocos amigos.

— ¿Qué pasa? Parece que te ha devuelto el dinero, finalmente.

— Me ha dado un cheque por 400 dólares, que no es lo mismo. En la hoja de resumen del talonario he entrevisto que lo que tiene en cuenta son 380 dólares. Estuve a punto de decirle algo, pero estamos en un club de caballeros y una discusión de ese tipo sería algo de mal gusto. Con este papelito, en resumen, puedo crearle algún problema, pero nada más; apenas lo presente a un cajero, me lo devolverán con un sello de «Fondos insuficientes».

— Adams, ¿recuerdas lo que me dijiste hace unos minutos? Perdiendo un poco, se puede ganar mucho. Ven, vamos ya a recuperar tu dinero... o al menos, la mayor parte de él.

¿Qué piensa hacer Sisley?

Solución

6. CON POCO, MUCHO

En el banco, hacen un depósito de 20 dólares en efectivo en la cuenta del deudor, luego cobran el cheque de 400 dólares.

7. EL CASO DE LA JOVEN HEREDERA



— ¿Tiene la llave? Démela —dijo el comisario Cross, mientras se calzaba unos guantes.

—Aquí está —respondió el viejo jardinero—. ¡Oh, esto no puede estar pasando! ¡Esto es horrible, señor!

El comisario Cross no prestó atención a las lamentaciones del hombre e introdujo la llave en la cerradura; no hizo falta darle una vuelta: bastó que destrabara el pestillo y la enorme puerta se abrió.

En el interior de la gran mansión estilo Tudor de los Mindall, había unas pocas luces encendidas y reinaba un gran silencio. La pequeña caravana formada por el jardinero, el comisario Bernard y el profesor Sisley ascendió veloz y calladamente a la segunda planta de la mansión, y efectivamente lo que allí se vio no era agradable. La señorita Mindall, joven heredera de los millones de la familia, yacía en el suelo, con un largo vestido negro de noche y un balazo en el rostro. La sangre se había secado sobre su cuello desnudo.

Mientras Sisley, con las manos tras la espalda, miraba un poco por todos lados, el jardinero contó a Cross lo que había pasado:

—A eso de las tres de la mañana el perro empezó a quejarse, y, pese al frío, lo saqué a dar una vuelta por el parque. Vi las luces de estas ventanas encendidas y a la señorita Mindall discutiendo con su novio. No oía nada, por supuesto, pero los veía, a ella con su vestido largo y a él de smoking, gesticulando ambos en forma amenazante, hasta que él sacó una pistola y disparó contra ella. Luego él se agachó, le quitó algo del cuello, no sé qué, aunque tengo buena vista se imaginará que tanto detalle no podía ver. Inmediatamente él se dirigió a la

escalera y dos minutos más tarde salió por la puerta; sin esperar un minuto, mientras él se alejaba llamé a la policía y regresé al parque a esperar que ustedes llegaran. Eso es todo, por mi parte. —¿Alguien más habrá escuchado el disparo? —No. Los criados tienen su día libre hoy y los señores Mindall están en Europa. ¡Ay, Dios mío, no sé cómo van a sobrevivir a esta desgracia!

Sisley se desentendió entonces de la macabra escena que estaba examinando y preguntó:

—¿Tiene idea a qué hora salió y a qué hora volvió la señorita Mindall?

—No. Debe haber salido a última hora de la tarde, cuando yo estaba en el otro extremo del parque, y habrá vuelto tarde, mientras yo dormía.

—¿Entró usted en la casa antes de que llegáramos?

—¡Oh, no, Dios me libre! ¡Tenía mucho miedo!

—Hace bien en tener miedo. El comisario Cross va a arrestarlo ahora mismo como sospechoso de asesinato.

¿Por qué el profesor Sisley sospecha del jardinero, aun antes de comprobar si el novio de la señorita Mindall tiene una coartada?

Solución

7. EL CASO DE LA JOVEN HEREDERA

Desde el parque, el jardinero nunca pudo observar en una ventana de la segunda planta si el vestido de la señorita Mindall era largo o corto; no importa cuán buena fuera su vista, el ángulo de visión se lo haría imposible; nótese que no se trataba de ventanales modernos, hasta el suelo, sino de una mansión estilo Tudor. Tampoco pudo ver que el novio de ella le quitaba algo del cuello: una persona yacente y otra agachada necesariamente tenían que quedar fuera de su campo visual. Por último, en su afán por incriminar al novio, el jardinero mezcló una «escena» de discusión aparentemente pasional con otra de robo, lo cual no es muy verosímil. Más tarde la policía encontró enterrada en el jardín, cerca de la casa del jardinero, la gargantilla de diamantes que la señorita Mindall llevaba puesta aquella noche.

8. BATMAN Y ROBIN, AL ATAQUE



—Tengo a los tres de la banda. Fueron Lends, Jameson y Stratt —dijo el comisario Cross— pero no sé cuál es el que disparó.

—A ver, cuéntame un poco —respondió el profesor Sisley.

—Tres delincuentes asaltaron un supermercado del Barrio Chino. Uno se quedó afuera, al volante y con el automóvil en marcha y los otros dos entraron. Llevaban pasamontañas y se llamaban mutuamente Batman y Robín. En un momento, una señora se puso histérica y empezó a gritar, y el llamado Robin le disparó en una pierna. Luego, escaparon con su magro botín, unos 700 dólares. Se repartieron el botín en el mismo automóvil y se fueron a festejar. Para su mala suerte, el festejo fue en un cafetín de mala muerte donde yo tenía apostado un hombre con buen oído. Allí hablaron bastante (yo diría: de más) pero ahora, en cambio, no dicen ni pío.

—¿Y qué es lo que llegó a escuchar tu hombre?

—Tampoco te creas que gran cosa. Mucho ruido y pocas nueces; lo suficiente como para incriminarlos, pero, como te decía, pocos datos sobre qué hizo cada uno. Especialmente, por supuesto, me interesa saber quién hirió a la mujer, pues su responsabilidad criminal es mayor.

—OK, pero, concretamente, ¿qué sabes?

Bernard Cross tomó su libreta de notas y leyó:

—Uno: estos tres, y nadie más, fueron los ladrones, y el apodado Robin fue el que hizo el disparo. Dos, el que estaba al volante fue el que recibió la parte más pequeña del botín, de lo que se quejaba amargamente; aseguró que era injusto, y que apenas le alcanzaría para llevarle algo a su madre, que es muy anciana y está a su exclusivo cargo, pues no tiene otros hijos; en fin, un tremendo drama filial cuyos detalles te ahorro. Tres, Stratt, que está casado con la hermana de Lends, recibió en el reparto veinte dólares más de los que recibió «Robin».

Mientras Cross hablaba, el inspector había trazado en un papel este esquema:

	Lends	Jameson	Stratt
Batman			
Robin			
Conductor			

Luego empezó a llenarlo velozmente, de modo que cuando Cross terminó de hablar tardó sólo un instante en anunciar quién había hecho el disparo.

¿Quién había sido?

Solución

8. BATMAN Y ROBIN AL ATAQUE

El disparo lo hizo Lends; era él quien llevaba el apodo «Robin».

Explicación: Lends no es el conductor, porque no es hijo único, y Stratt tampoco, porque no es el que menos recibió. Por lo tanto, Jameson fue el conductor. Por otra parte, Stratt no es «Robin» (recibió más que «Robin»), así que «Robin» debe ser Lends.

9. EL VEINTE POR CIENTO DE NADA



A veces, el profesor Sisley se definía a sí mismo como un arqueólogo con un hobby, la investigación criminal; otras, prefería decir que era un policía retirado y un arqueólogo amateur; la mayor parte del tiempo, no se preocupaba por las definiciones. En todo caso, esta vez era la pasión por la arqueología, en particular por la antigua cultura muisca, la que lo había llevado a Tunja, en el departamento colombiano de Boyacá. Allí estaba, tomando un whisky en la barra de su hotel, cuando un locuaz cuarentón, con acento británico y el rostro completamente curtido por el sol, se sentó junto a él.

—¿Qué tal, Doc? Yo, personalmente, feliz de haberme podido dar al fin un buen baño y afeitarme una barba en tres meses, después de hacer un recorrido increíble por estos andurriales.

—¿Turismo? ¿Aventuras? —preguntó brevemente Sisley.

—Más bien aventuras, diría yo —respondió el desconocido. Y, bajando la voz, agregó—: Esmeraldas.

—¿Ah, sí?

—Sí. He encontrado unos yacimientos increíbles. Hay que meterse en balsa y en bote por ríos grandes y pequeños, recorrer tramos accidentados en vehículos todo terreno y finalmente andar bajo el sol implacable, pero allí están. Ahora estoy buscando socios para iniciar una explotación. Hace falta una gran inversión, pero estoy dispuesto a compartir el veinte por ciento con el que me respalde.

—¡Qué pena, que el veinte por ciento de nada sea nada!—replicó Sisley—. Más vale, amiguito, que pagues tu propia copa y te vayas por ahí a buscar incautos más incautos que yo.

¿Por qué el profesor Sisley está convencido de que se trata de una mentira?

Solución

9. EL VEINTE POR CIENTO DE NADA

Si el desconocido hubiera tenido, como dijo, una barba de tres meses, una parte de la cara le hubiera quedado blanca después de afeitarse.

10. LOS TRILLIZOS NOODLES



—¿Por qué protestas, Bernard? Muy a menudo no tienes ni una pista, ni la sombra de una pista, y ahora resulta que tienes tres lindos pájaros metidos en la jaula.

—Muy bien, tengo a los trillizos Noodles, los simpáticos Mickey, Charlie y Alphonse Noodles, bien asegurados, es cierto; su automóvil fue visto acercándose a la mansión de los Woodcut hacia medianoche; pero resulta que no sé si en el robo participaron los tres, o dos de ellos, o uno solo.

En eso estaban cuando entró el teniente Hiram:

—Todos mis informantes me aseguran que Alphonse, por más que le gusta dárseles de malo, con tachuelas de metal, tatuajes, ropa de cuero y armas pesadas a cuestas, es demasiado cobarde para entrar a robar a ningún lado si al menos uno de los otros no lo acompaña.

—¿Pero, acompañado, sí pudo haberlo hecho?

—Por supuesto. De hecho, su profesión es la de ladrón, ¿no es cierto?

—Pero en esta ocasión, podría no haber robado, ¿verdad?

—Desde luego. Alphonse ha cometido muchos robos, pero no todos los robos han sido cometidos por Alphonse.

El comisario Cross no estaba muy seguro de si Hiram estaba tomándole el pelo o simplemente describiendo hechos. En eso, entró otro policía:

—La coartada de Charlie Noodles está confirmada. Estuvo en el teatro y después en una fiesta que terminó a las 3 de la madrugada, y medio mundo lo vio por allí. Para variar un poco, bebió de más, así que se hizo notar bastante.

—Y estamos seguros de que el robo se cometió antes de las 3, ¿verdad?

—Así es. A las 2.30 los Woodcut llegaron a su casa y la encontraron saqueada. En ese momento sonó el teléfono y el comisario atendió.

—Mmm... dinamita... una nota... firma «el vampiro explosivo»... mmm... entiendo... ¿podrías esperar un poco? Estoy con el robo en lo de los Woodcut.

Colgó el teléfono, y volvió a sus ayudantes:

—Muy bien: ¿y qué hay de Mickey?

—Me temo que nada —dijo el teniente Hiram.

—¿Tú qué piensas, Sisley? —preguntó el comisario a su amigo.

—Que en esta comisaría hay demasiado ruido. —De hecho, en ese preciso instante llegaban un par de patrulleros con «el producto» de una redada en el Barrio Chino—. Si hubiera un poco de calma, ya tendrías claro, al menos, que Mickey es...

¿Qué? ¿Culpable o inocente?

Solución

10. LOS TRILLIZOS NOODLES

Culpable. Como Charlie es inocente, si Alphonse también lo fue, tuvo que ser Mickey el culpable. Y si Alphonse fue culpable, como debió contar con un cómplice, también resulta que Mickey fue culpable.

11. MUERTE Y OPORTUNIDAD



El profesor Sisley y su antiguo compañero de la universidad Martin Adams habían pasado un par de semanas sin verse; ahora disfrutaban de la mutua compañía, leyendo el periódico en sillones contiguos en la espaciosa sala del club de caballeros de Park Avenue.

De vez en cuando intercambiaban algún comentario. Sin embargo, hasta ahora los comentarios se habían limitado a un «Puff, el periodismo» (comentario de Adams) y «Psst, el periodismo» (comentario de Sisley). En eso, el profesor Sisley leyó algo que lo tornó más locuaz:

—¡Qué muerte más oportuna —dijo— la de este tunante de Grandby!

—Morir no es nunca del todo oportuno —respondió Adams—, al menos, no lo es para el que muere.

—Pero en este caso, tampoco es del todo inoportuno —dijo Sisley—. Mira. La noticia decía:

ACCIDENTE EN ÁFRICA

Muere el financiero J. Grandby

El economista J. Grandby, que ganó notoriedad el pasado mes de enero cuando se descubrió que había vendido todas

sus acciones en la compañía Murphy Gold, de la cual era director, pocos días antes de que esta quebrara, murió al precipitarse a tierra una avioneta en Kenya. Grandby, cuya conducta y patrimonio estaban bajo estrecha vigilancia de las autoridades financieras, se encontraba participando de un safari de caza en ese país hace pocos días.

Un par de fotos ilustraban la noticia: una mostraba los restos de la avioneta siniestrada, la otra a un sonriente y barrigudo Grandby con un fusil adaptado para el disparo de proyectiles cargados con narcóticos, acompañado por un par de guías locales ante una jaula en la que un tigre se prestaba a la toma de notoria mala gana.

—Nunca ha sido muy fino, pero esta vez se ha pasado —dijo Adams—. ¿Quién puede tragarse esta patraña?

—Pues en el periódico han picado —respondió el profesor Sisley.

—¡Qué torpe, pero qué torpe! Ni siquiera se ha molestado de tomarse una foto en África.

—Al menos los «guías locales» parecen negros de verdad. Lo único que le faltaba era tomar un par de matones blancos y pintarlos con carbón.

¿Por qué saben Adams y Sisley que Grandby no ha muerto?

Solución

11. MUERTE Y OPORTUNIDAD

Los tigres son propios de Asia, y existe en América el jaguar o «tigre americano», pero no hay tigres en África. Grandby se había limitado a esperar, fraguar o generar un accidente aéreo en Kenya, colando la noticia de su muerte y la foto, tomada en un circo de Oklahoma, a un periódico ansioso de novedades y poco celoso de la veracidad de sus fuentes.

12. EL CASO DEL MILLONARIO ESCRITOR



—Albert Manukian no tenía ningún motivo para suicidarse: no le faltaba dinero, no tenía problemas de salud y su vida familiar era perfecta. Esto es una auténtica sorpresa.

—Aunque sus vecinos no lo crean, cada cual es para sí mismo una auténtica caja de sorpresas —respondió, al otro lado de la línea telefónica, el profesor Sisley.

Nuevamente el comisario Bernard Cross estaba en un dilema: el millonario Albert Manukian, autor de varios libros de viajes y uno sobre degustación de vinos, había sido hallado muerto en el pequeño y lujoso estudio donde se refugiaba para escribir; un balazo en la sien y una pistola automática firmemente aferrada en su mano derecha indicaban un suicidio, pero el comisario Bernard no estaba seguro. A favor del suicidio hablaba la ausencia de otras huellas dactilares que las del muerto en la pistola y la falta de cualquier señal de una pelea; en contra, el hecho de que no hubiera ninguna carta de adiós ni un motivo notorio para un suicidio. En cuanto al disparo, había muy poca gente en el edificio a las diez de la noche, hora probable de la muerte, y algunos recordaban haber oído un ruido fuerte alrededor de esa hora, pero no habían reconocido su origen.

—¿Qué más había por ahí? —preguntó el profesor Sisley.

—No mucho más. La billetera del muerto estaba sobre el escritorio y parecía intacta, con algo de dinero y tarjetas de crédito; en el bolsillo izquierdo del pantalón había un sobre de cerillas del Club 43 y unas monedas, los otros estaban vacíos... Ni una nota, ni un número de teléfono, nada.

—¿El Club 43? ¿No es un lugar donde suelen recalar algunos personajes de la mafia?

—Sí, como en tantos otros lugares donde la bebida es cara y buena. Pensé que te llamaría la atención, pero sinceramente no sé si significa mucho. Si te interesa, había otro sobre de cerillas del Club 43 sobre el escritorio de Manukian, junto a una caja de puritos.

—¿Los sobres estaban empezados a usar?

—Bueno, déjame ver. Sí, los dos están a medias usados.

—¿De qué lado faltan las cerillas?

—Del izquierdo. Pero Sisley, ¿qué demonios...?

—Bernard, investiga si hay conexión con la mafia, investiga quién podía beneficiarse con la muerte de Manukian, lo que sea. Pero veo muy improbable lo del suicidio: creo que estamos ante un asesinato.

¿Por qué el profesor Sisley está tan inclinado a pensar que se trata de un asesinato?

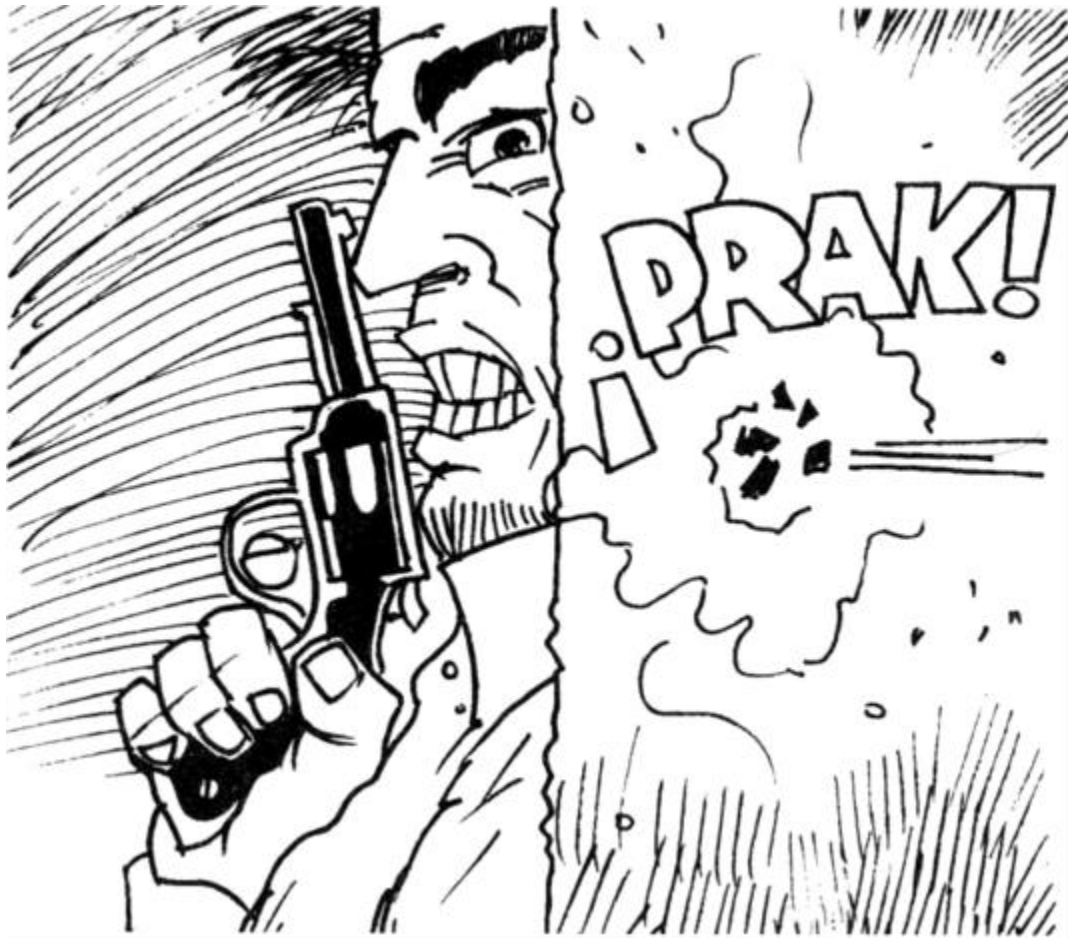
Solución

12. EL CASO DEL MILLONARIO ESCRITOR

La presencia de monedas y cerillas en el bolsillo izquierdo del muerto indican que se trata de un zurdo, que muy mal podría haberse suicidado aferrando la pistola con la derecha. El asesino tuvo la habilidad de ponerse junto al millonario sin despertar sus sospechas, le disparó en la sien, limpió la pistola y la puso en la mano derecha del muerto. Pero al no notar que Manukian era zurdo, dejó una puerta abierta a la investigación del crimen.

Un indicio accesorio termina de inclinar la opinión de Sisley en contra de la hipótesis del suicidio: son los zurdos quienes normalmente comienzan a arrancar las cerillas de cartón de los sobres de cerillas desde la izquierda, así como los diestros suelen comenzar desde la derecha.

13. EL ROBO AL BANCO EXPRESS



—Así que tienes a los asaltantes del Banco Express. Realmente, una resolución *express* del caso: roban por la mañana y por la noche están entre rejas. ¡Enhorabuena! —dijo el profesor Sisley al comisario Bernard Cross. —Así es, pero me temo que me falta algo. —¿Qué?

—Los testigos y las cámaras de seguridad muestran que en el robo de esta mañana intervinieron tres ladrones, de los cuales uno murió mientras huían con el botín. Los otros dos lograron escapar, pero esta noche el automóvil fue identificado en un control caminero, y los pescamos con el dinero en una maleta. Parece que no falta nada: se habían alzado con 600.000 dólares, y no llegaron a gastar ni uno.

—¿Y qué es lo que te falta, entonces?

—En el bolsillo de uno de los detenidos encontramos una nota garabateada que decía: «Gerald murió. Pobre Gerald. Como consuelo, dado que quedamos en repartir en partes iguales, nos repartiremos lo que le hubiera correspondido y

tendremos 30.000 dólares más cada uno». ¿Para quién sería esta nota? ¿Crees que me falta atrapar a uno de la banda?

— Amigo Bernard, lo que creo es que...

¿Qué cree usted que cree el profesor Sisley?

Solución

13. EL ROBO AL BANCO EXPRESS

El profesor Sisley piensa que falta atrapar a dos. Las cuentas cierran así: actuaron tres en el robo y dos de soporte; robaron 600.000\$, que pensaban repartir en partes iguales, con lo que les hubiera tocado 120.000\$ a cada uno; al morir Gerald durante el asalto y repartir entre cuatro, les tocaba 150.000\$ a cada uno... si la policía no los hubiera atrapado.

14. EL CASO DEL CUIDADOR ASESINADO



—¿Qué dirías —preguntó el comisario Bernard Cross a su amigo, el profesor Sisley— si en un caso hubiese dos sospechosos, y uno tuviera los motivos, los antecedentes y el carácter adecuado para haber cometido el crimen y el otro, sin nada de eso, fuera incriminado seriamente por indicios muy sólidos?

—¿Sólidos como qué? ¿El arma asesina escondida entre sus ropas?

—Oh, no tanto. Huellas.

—¿Dactilares?

—De zapatos.

—A ver, Bernard, dejemos de jugar a las adivinanzas y cuéntame la historia.

—¡Vamos, por una vez que las adivinanzas las planteo yo y no tú! Bien, te cuento: el lunes, Francis Riggs, el solitario encargado de cuidar una finca de verano a unos cuarenta kilómetros de la ciudad, fue hallado asesinado a balazos cuando llevaba ya dos días muerto. La semana anterior estuvo lloviendo mucho

en la zona, pero sobre el fin de semana el sol secó el barro, en el que quedaron estampadas claramente unas huellas que parten del camino que llega a la casa, le dan media vuelta hasta la puerta posterior, que encontramos violentada, y regresan al camino. No son huellas del calzado de Riggs, sino de unos zapatos usuales entre los cazadores. Justamente, hemos identificado dos cazadores que anduvieron por allí: uno de ellos, el colérico Ralph Brenson, un grandote de malos hábitos y antecedentes, había reñido varias veces con Riggs, que le negaba el permiso para entrar a cazar a la finca, e incluso alguna vez llegaron a amenazarse mutuamente con sus armas; el otro, un tal David Longman, parece que es la primera vez que andaba por acá, y no encuentro ninguna razón para que quisiera matar a Riggs.

—¿Y los «indicios muy sólidos»?

—El calzado de ambos cazadores coincide con la marca de las huellas que encontramos, pero el tamaño coincide con los zapatos de Longman; Brenson calza dos números más. De ahí mis dudas.

—Ninguna duda, sigue investigando a Brenson: Longman es inocente —dijo Sisley.

¿Por qué?

Solución

14. EL CASO DEL CUIDADOR ASESINADO

Dado que las huellas fueron hechas al pisar la tierra húmeda, deben de haberse contraído cuando ésta se secó. Si el tamaño de las huellas coincide con el calzado de Longman, esto prueba justamente que no son suyas.

15. DE LO CORRECTO A LO INCORRECTO



El profesor Sisley apreciaba mucho la comida del nuevo restaurante italiano, Goldoni; igualmente, apreciaba a su dueño, un hombrequito tímido y elegante que parecía un poco desconcertado con el bullicioso ambiente de Manhattan, tan diferente de su Amalfi natal. A la hora del café, Goldoni solía acompañar un rato a Sisley cuando éste, como en esta ocasión, cenaba solo.

—Y bien, Michele, parece que tuviste una noche agitada la semana pasada — abrió el fuego Sisley.

—No me haga acordar, professore: todavía no se me ha pasado el susto que me pegué. Hace ya varios meses me di cuenta que algunos personajes bastante pesados se estaban aficionando a mi cocina, pero hasta la semana pasada se habían comportado correctamente aquí adentro.

—Pues sí que pasaron de lo correcto a lo incorrecto, ¿verdad?

—Ay, professore, sí. Dos muertos aquí adentro, ¿se da cuenta? ¡Dos muertos! Nunca me había pasado algo así, y espero que no me vuelva a pasar.

—Bien, a los que murieron tampoco les volverá a pasar. Pero al menos, te cabe el consuelo de que la mayor parte de los comensales de aquella cena fueron atrapados.

—Esa es una cosa que me atormenta, también: no hemos sido capaces, ni mi gente ni yo, de decirle a la policía exactamente cuántos eran. Era un día de mucho trabajo, y ya sabe, yo hago un poco de todo aquí y no consigo reconstruir cuántos eran. Y de lo que sí me acuerdo, a la policía no le sirve.

—A ver, ¿de qué te acuerdas?

—Habían terminado de cenar y ya sólo quedaban ellos en el salón, yo en la caja y un camarero atendiéndolos. Pidieron la cuenta y se la alcancé; era un total de 800 dólares redondos y dijeron que repartirían la suma por partes iguales. Entonces fue que, sin que mediara discusión alguna, uno de ellos, que parecía el jefe, sacó una pistola automática con silenciador y mató a dos de los comensales. Los otros se quedaron bastante pasmados; yo, ni le cuento. El jefe anunció entonces: «Lo siento, señores, dado que un par de traidores se han ido tendremos que pagar veinte dólares más cada uno». Reunieron el dinero, me pagaron y se fueron tranquilamente. Luego he sabido que atraparon a cinco, y la policía ha estado tratando de establecer cuántos faltan pero yo no he podido ayudar más que con esto que le conté.

—¡Oh, pero si es perfectamente suficiente!—dijo Sisley—. Está muy claro cuántos eran.

¿Cuántos eran los comensales de la cena mafiosa?

Solución

15. DE LO CORRECTO A LO INCORRECTO

Eran diez, antes de que el jefe matara a dos. Siendo diez, hubieran tenido que pagar 80 dólares cada uno; como quedaron ocho, tuvieron que pagar 100 dólares cada uno.

16. EL CASO DEL HIJO ASIÁTICO



La cara de preocupación del notario Alfred Ericson estaba a tono con la fría mañana neoyorquina que se veía a través de las ventanas de su despacho.

—Sí, es cierto —dijo el notario a su amigo, el profesor Sisley—, estoy preocupado; es por un cliente mío, Walter Prune... bien, en realidad, no exactamente por mi cliente, que murió la semana pasada, sino por su hijo, el joven Gordon Prune.

—¿Qué es lo que te preocupa, Alfred?

—Verás, resulta que en principio Gordon es el único heredero de su padre, lo cual no parece hacer muy feliz a un primo suyo, Louis Farland. Esta mañana a las ocho abrimos en este mismo despacho el testamento de Walter, que contiene una serie de reflexiones personales pero ninguna disposición económica particular, por lo cual Gordon heredará toda la fortuna de su padre. Pero Louis dice que antes de que Gordon disponga de sus bienes debemos esperar un par de días; asegura que Walter tenía otro hijo en Singapur, a quien él ya le ha avisado que ha de presentarse a reclamar su parte de la herencia. Dice que su tío le había presentado a este hijo que ha mantenido siempre en secreto durante un viaje a Oriente en que ambos coincidieron hace unos años, y que ha mantenido un contacto regular con él desde entonces. Nos asegura que el «hijo asiático»

tiene todos los documentos necesarios para acreditar su identidad y que en unos días estará aquí. Hemos accedido, pero te confieso que todo me suena muy raro.

—Bien, en un par de días sabrás a qué atenerte —dijo el profesor Sisley.

—Así parece. Louis dice que ha hablado esta mañana con su primo de Singapur; el primo estaba desayunando en una cafetería cerca de su trabajo; se sintió muy compungido por la muerte de su padre, y comprensivo de la necesidad de presentarse aquí a la brevedad. Pidió que le diéramos la mañana de hoy para acomodar sus negocios y buscar un billete de avión. Supongo que, como tú dices, se trata de esperar un par de días hasta saber qué hay de cierto en todo esto.

—Perdóname que me contradiga. No hace falta esperar nada: te anticipo que en un par de días tendremos aquí a un farsante más o menos chapucero tratando de hacerse pasar por hijo de Walter Prune. Mientras tanto, yo me preocuparía de proteger al joven Gordon, para evitar que tenga un «accidente» ordenado por su primo.

¿Por qué Sisley está tan seguro de que el «hijo asiático» es un fraude?

Solución

16. EL CASO DEL HIJO ASIÁTICO

Hay doce horas de diferencia entre Nueva York y Singapur, de modo que cuando son las 7 de la mañana en

Nueva York son las 7 de la tarde en Singapur, y nadie está desayunando a esa hora.

17. EL MEJOR DETECTOR DE MENTIRAS



—Veo que han tenido una clase sobre las hipótesis que defienden y las que descreen de los polígrafos detectores de mentiras —dijo el profesor Sisley—. ¿Llegaron a alguna conclusión?

—La Academia Nacional de Ciencias —recitó uno de los alumnos— reconoció en 2003 que algunos estudios sobre la eficacia del polígrafo son serios, pero dice que «están muy lejos de ser perfectos». ¿Y usted qué piensa, profesor?

—El mejor detector de mentiras es un policía con las orejas despiertas y la cabeza despejada. Escuchen la siguiente historia: años atrás, acompañé a una brigada a una casa donde había sido asesinado un hombre anciano. Su ama de llaves lo había encontrado muerto en su despacho de la planta alta a las nueve de la mañana y, antes de desmayarse de la impresión, había llamado a la policía. El espectáculo no era, a decir verdad, estimulante: el hombre había sido golpeado hasta morir con la culata de una pistola; un golpe en particular, en la

base de la nuca, era la causa de su muerte. Un primer análisis de la pistola mostraba que no había sido disparada durante largo tiempo; no había en ella, por otra parte, huellas digitales; notoriamente, el asesino se había cuidado de borrarlas. Sobre la mesa había desperdigados numerosos sellos de correo, que el hombre coleccionaba, una pinza y una poderosa lupa. Un fajo de cartas atado con una cinta roja en uno de los cajones del escritorio prometía algo de interés. En eso estábamos cuando sonó el timbre; dejé a los demás trabajando, desenfundé la pistola y bajé a abrir. Era el nieto del anciano asesinado, que vivía con él:

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —gritó alarmado al verme dentro de su casa, armado.

—Detective Sisley, de Investigaciones —dije, mostrando mi credencial.

—¡Cielo santo! ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

—Tengo una mala noticia para usted, joven. Su abuelo ha sido asesinado.

—¿Qué? ¿Cuándo? Salí esta mañana a las ocho y estaba trabajando con su colección de sellos... En casa sólo estaba Anne, el ama de llaves, durmiendo aún, creo... Ella vive en la otra ala de la casa... ¿Quién puede...

La frase fue interrumpida por un policía que bajaba con varias bolsas con la evidencia: el fajo de cartas, la pistola, algo de dinero hallado también por allí arriba.

—Por favor, dígame... —prosiguió el joven—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién puede haber querido matar a mi pobre abuelo a golpes, y para qué? ¿Hay alguna pista, sospecha usted de alguien?

Bueno, sí, desde luego, yo sospechaba de él. El joven estableció su coartada (había bajado a desayunar en una concurrida cafetería de la vecindad) e insinuó una acusación contra una cantante de cabaret con la cual su abuelo se había enredado hacía un tiempo. Dijo que quizás ella había pasado la noche en la casa, etc., pero para mí su autoría del hecho ya estaba prácticamente establecida. Imagino que algunos de ustedes saben por qué.

¿Por qué?

Solución

17. EL MEJOR DETECTOR DE MENTIRAS

Si el joven hubiera sido inocente, no tenía forma de saber que su abuelo había sido muerto a golpes. Por otra parte, la vista de la pistola que un policía baja dentro de una bolsa de evidencia debería haberle sugerido que su abuelo había sido muerto de un tiro... si él mismo no hubiera sabido bien cómo lo había matado. Tras posteriores investigaciones terminó por confesar que lo había hecho para impedir que su abuelo «dilapidara su herencia con una extraña».

18. EL CRIMEN DE CHICHÉN ITZÁ



El profesor Sisley estaba agotado. Había conducido varias horas por la larga y aburrida carretera que lleva desde Cancún hasta las ruinas del templo de Chichén Itzá, en la península de Yucatán, y ahora estaba registrándose en el hotel contiguo a las ruinas, deseoso de un buen baño y un merecido descanso. De pronto, llegó hasta la recepción, visiblemente agitado, un hombre de mediana edad.

—¡Por favor, llamen urgente una ambulancia! ¡Y a la policía! ¡El doctor Roberto Paz! El doctor Paz, mi compañero de habitación, ha sido asesinado.

En tropel, un botones, el aterrado compañero de habitación del asesinado y el profesor Sisley, se dirigieron a uno de los bungalows repartidos en un prado verde donde varios pavos reales picoteaban tranquilamente.

El bungalow tenía una sala y dos dormitorios. En uno de ellos yacía, sobre una cama, un cadáver. Una enorme cantidad de sangre, ahora seca, había manado de su cabeza. Dos cápsulas servidas habían quedado sobre la cama. Tras calzarse sus guantes y comprobar que efectivamente el hombre ya no respiraba y nada podía hacerse por él, el profesor Sisley advirtió a todos que no debían tocar nada y se aseguró de que llamaran a la policía. Mientras tanto, el compañero de habitación del muerto se lamentaba:

— ¡Qué espanto! Después de tantos años, seguirlo hasta aquí... y matarlo así... pensé que aquel viejo asunto había quedado atrás...

— ¿A qué se refiere, señor? — preguntó, curioso, el profesor Sisley.

El hombre se repuso un poco y respondió:

— Ambos somos abogados penalistas del foro de Ciudad de México. Mi compañero es fiscal del distrito, y le tocó una vez acusar a unos poderosos narcotraficantes del Cartel de Juárez.

— ¿Piensa que los pueden haber seguido hasta aquí?

— No lo sé... bueno, quizás... en la carretera, en un momento, me pareció que nos seguían... Llegamos al mediodía y Robert se quedó a descansar mientras yo me daba un paseo por las ruinas. Me quedé hasta la hora del cierre, a las 18, luego vine para acá... Al abrir la puerta del bungalow, reinaba un extraño silencio: fui hasta la habitación de Robert, y lo encontré así. Enseguida me vino a la mente aquel episodio con los narcotraficantes. Noté que aquella ventana — ¿ve usted? — estaba abierta, y supe que el robo no había sido el móvil porque tenía puesto su reloj de oro y su billetera estaba intacta.

— ¿Trató de reanimarlo?

— No. Tengo algo de experiencia en casos criminales y supe de inmediato que estaba muerto.

— El modo en que lo mataron, ¿le dice algo?

— Cinco balazos en la sien izquierda, uno de ellos cerca de la oreja, es la marca segura de los crímenes del Cartel.

— ¿Tocó usted algo?

— Nada. Bueno, sí, el pomo de la puerta del bungalow. Y el teléfono: traté de llamar por teléfono a la recepción, pero reconozco que estaba algo aterrado y, como no me atendían, preferí correr los cuarenta o cincuenta metros hasta allí.

— ¿Usted diría que el asesino usó un silenciador?

— Bueno, no sé... ya vendrá la policía y verá si alguien escuchó algo... pero es probable, ¿verdad? Si no, alguien hubiera venido a ver.

— ¿Y dónde escondió usted el arma y el silenciador?

— ¿Yo? ¿Está usted, señor, sugiriendo que...

—No sugiero nada —respondió el profesor Sisley, desenfundando su revólver—. Afirmino que lo mató. Levante las manos, por favor. En esta posición esperará usted a la policía.

¿Cómo sabe el profesor Sisley que el doctor Paz fue asesinado por su compañero de habitación?

Solución

18. EL CRIMEN DE CHICHÉN ITZÁ

Si no tocó el cadáver, el compañero de habitación del doctor Paz no tenía forma de saber que la billetera estaba intacta. Por otra parte, es muy difícil, ante una sien que ha sangrado abundantemente, saber cuántos balazos ha recibido hasta no lavar el cadáver y hacer un análisis detenido. El doctor Paz había sido muerto, efectivamente, por cinco balazos; su compañero de habitación, según confesó más tarde, aspiraba a heredar su puesto de fiscal y quiso simular la marca característica de los crímenes del Cartel de Juárez.

19. EL CIRCO DEL CRIMEN

—¿Qué hay de nuevo, viejo?—preguntó el inspector Sisley al comisario Cross—. Te veo preocupado.

—He estado interceptando diversos mensajes en los móviles de los integrantes de la banda de Matt Hogarth —dijo el comisario Cross— y vaya si estos chicos están organizados: parecen más un circo en gira que una banda criminal. Están planeando una serie de delitos para la semana próxima por tres localidades de New Jersey con todo detalle, incluso un cálculo del botín que esperan recoger en cada lugar. Escucha esto:

- Sus objetivos son un hotel, una joyería y un banco, uno en cada localidad.
- Los días en que están planeados los atracos son lunes, miércoles y jueves.
- Para el jueves tienen planeado «presentarse» en un importante hotel, que no es el de Mayfield.
- El miércoles han de dar un golpe en Low River; de allí no esperan recoger un botín de 8.500 dólares ni han de asaltar la joyería local.
- En Highlands esperan levantar un botín mayor que en Low River.
- En los diversos atracos piensan hacerse con 8.500, 9.000 y 20.000 dólares.

Hace un rato estoy luchando con estos datos y no consigo armar la programación completa; por supuesto, si puedo atraparlos en su primera «presentación» lo haré, pero quiero cubrir todo el plan, por si suspenden una o varias funciones e intentan ejecutar las otras.

El profesor Sisley había preparado uno de sus famosos esquemas de correlación de datos y estaba ya llenándolo afanosamente.

Localidad	Botín	Día	Asalto

¿Puede el lector completar la información? ¿Dónde será el asalto al banco?
¿En qué atraco piensan los delincuentes obtener mayor botín?

Solución

19. EL CIRCO DEL CRIMEN

El lunes, los delincuentes esperan «levantar» 8.500 dólares en un atraco a una joyería en Mayfield; el miércoles, 9.000 dólares en el robo al banco de Low River; finalmente, el jueves, en Highlands, los movedizos delincuentes esperan obtener 20.000 dólares robando el hotel local.

20. LA FIESTA DE LA MAFIA



—Disculpa, Sisley, ¿es demasiado tarde?

—Bueno, si quieres saberlo exactamente, son las 2.10 de la mañana. ¿Se te ha roto el reloj, Bernard? ¿Es para saber la hora que llamas?

—Discúlpame Sisley, necesito tu ayuda.

—Sea como fuere, ya estoy despierto. Cuéntame.

—Estoy en las cercanías del Club 43, donde se está celebrando una fiesta privada.

—Mafiosa, dirás.

—Mafiosa. ¡Pero la mafia ya no es lo que era, Sisley!

—Ah, no. Si quieres despertarme a las 2, muy bien, para eso somos amigos. Pero para filosofía, es demasiado tarde o demasiado temprano. Dime qué te pasa.

—Estoy tratando de infiltrar un agente en la fiesta, para ver qué se cuece por allí. Tenemos un micrófono oculto cerca de la entrada. Escuchamos que llega un invitado y le dice al portero: «Esquiador», y pasa. Viene otro y dice «Paquidermo», y pasa. Luego llegan un tercero y un cuarto y dicen: «Arquitecto» y «Orquídea», y todo va bien. Entonces llegamos a la conclusión de que había que decir palabras que contuvieran «qui». Va mi agente y muy suelto de cuerpo dice: «Triquiñuela» pero su triquiñuela no funciona y por poco me lo matan a golpes. Después seguimos oyendo que llegan otros y pasan con contraseñas como «Precaución», «Auténtico», «Centrifugado». ¡Demonios! ¡Antes la mafia se limitaba a disparar las ametralladoras! Ahora... ya no sé. ¿Qué puede decir un agente mío para que lo dejen pasar?

—Que diga «Humanoide».

—¿«Humanoide»? ¿Y por qué?

—No te preocupes. «Humanoide» funcionará.

¿Por qué elige esa palabra Sisley? ¿En qué se basan las contraseñas?

Solución

20. LA FIESTA DE LA MAFIA

Las contraseñas deben ser palabras que contengan las cinco vocales.

21. SWINGING LONDON



Como de costumbre, el profesor Sisley y su amigo Martin Adams leían el periódico en sendos sillones de su club. Intempestivamente, Adams cerró el diario y dijo: —Cuéntame tu primer caso. —Caramba, ¿tan aburrido está tu periódico? —No, aburrido no: sólo ilegible. Además, ahora que no dejan fumar aquí, ha perdido la mitad de la gracia que ya no tenía. Cuéntame, ¿quieres?

—Fue allá por 1969. Había terminado hacía poco la universidad y me había ido a vivir a Londres, donde trabajaba como detective para una compañía de seguros. A un cliente nuestro, una empresa de transportes, le habían robado un cuadro de Tintoretto de su bodega en las cercanías del aeropuerto de Heathrow; el robo sucedió la víspera del día en que el cuadro, que había sido prestado para su exposición en un museo londinense, debía ser transportado de regreso a Francia. Los ladrones se habían colado en el depósito, y, despreciando el resto de la carga allí acumulada para su transporte, se habían dirigido directamente a la valiosa pintura. Un mes después, el francés dueño del Tintoretto robado se

presentó en nuestras oficinas, para preguntar por el progreso de la investigación. Allí fui yo, entonces, a dar explicaciones.

—Detective Sisley, el doctor Édouard Viette; doctor Viette, el detective Sisley —nos presentó el director de la compañía.

—Mucho gusto. ¿Hace mucho que está en Londres, doctor Viette? —pregunté.

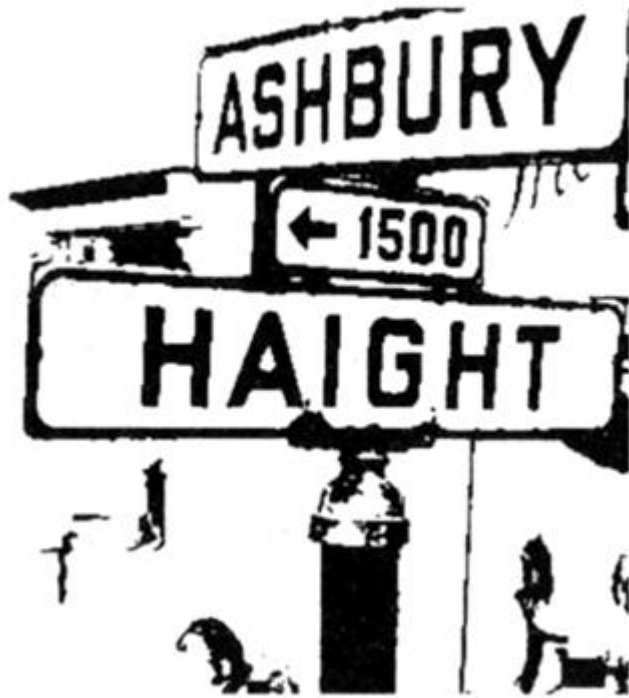
—Llegué hace unas horas —respondió—. Si no les molesta, vayamos al grano. Estoy muy preocupado por el destino del cuadro. Era la joya principal de nuestra colección.

Era un joven no mucho mayor que yo, muy atildado, que hablaba un inglés bastante correcto, casi exageradamente correcto, de instituto privado. Pasé a contarle los escasos progresos de nuestra investigación:

—Al desmontarse la exposición, y antes de ser llevado a Heathrow, el cuadro fue trasladado a un depósito intermedio donde quedó un par de días, lo que descarta la posibilidad de que los ladrones hayan seguido al camión de transporte directamente rumbo a Heathrow. En todo caso, deberían haber montado guardia varios días en torno al depósito intermedio, corriendo el riesgo de ser descubiertos. Ya en Heathrow, las medidas de seguridad de la empresa de transporte eran aceptablemente buenas, pero la paciencia y astucia de los ladrones fueron mayores. Es evidente que se trata de un robo por encargo, por el modo en que se dirigieron directamente a su objetivo y porque no es fácil comercializar un cuadro famoso robado.

—¿Hay algún sospechoso?

—Todos aquellos relacionados con el transporte de la pintura hasta el depósito intermedio, pero resulta que ninguno de ellos sabía cuándo saldría el cuadro de allí, ni hacia dónde; luego tenemos los encargados de transportar el cuadro desde el depósito intermedio hasta el de Heathrow y los propios encargados de la seguridad en Heathrow, aunque ninguno de ellos sabía que allí había esa noche un valiosísimo Tintoretto. Me temo que ha habido un trabajo complejo de inteligencia en varios frentes, para reconstruir el camino de la pintura y arribar al robo. Tengo entendido que la empresa encargada de recibir el cuadro en Orly es de su padre, ¿verdad?



—Bueno, más bien es mía. Papá se ha retirado de los negocios.

—¿Usted llegó a decirle a algún empleado suyo el día exacto en que el cuadro debía llegar?

—¿Por qué me lo pregunta?

—Bueno, es un dato que podría haberles sido de utilidad a los ladrones. Era dable suponer que el cuadro dormiría, la víspera de su traslado, en el depósito de nuestro cliente en las proximidades del aeropuerto.

—No, no le dije a nadie el día exacto en que iríamos a buscar el cuadro. Lógicamente, pedí que quedara reservado un camión y una guardia armada para ese día, pero no veo quién podía adivinar para qué era. Bien, ¿esto es todo, entonces?

Efectivamente, eso era todo. El joven se marchó y yo también. Bajamos juntos en el ascensor:

—¿Primera vez en Inglaterra, doctor Viette?

—Usted se reirá, pero es prácticamente mi primer viaje al extranjero. He estado encerrado estudiando todos estos años, invierno y verano, y apenas hice un viaje a Italia con mi padre a los diecisiete años, acompañándolo a comprar pintura. Yo elegí ese Tintoretto. Cambiando de tema, ¿estamos lejos de King's Road? Me encantaría conocer esos sitios de los que todos hablan... la tienda de Mary Quant... el Swinging London, usted sabe...

—No estamos lejos de King's Road. Voy en esa dirección. Si quiere, caminemos un poco.

Era un joven extraño, con una mezcla de corrección y brutalidad en sus modales. Lo invité a tomar un café, aceptó, y una vez más en confianza me acribilló a preguntas sobre delitos, delincuentes e investigadores: no me llamó la atención, pues a casi todo el mundo le intriga mi profesión.

Cuando ya nos despedíamos, dijo:

—Si yo no hubiera estado tan encerrado estudiando física, me hubiera gustado ser detective, o quizás ladrón. Créalo usted o no, me gusta el riesgo. — Luego, como si se avergonzara de lo que había dicho, se puso bruscamente de pie y casi me arrebató el ticket con la cuenta, en un santiamén sacó de su bolsillo el cambio exacto, lo dejó sobre la mesa y se fue sin decir una palabra más.

—¿Dejó propina? —preguntó Adams, que hasta ese momento parecía completamente distraído.

—No —respondió el profesor Sisley, sonriendo.

—Me temo —dijo Adams— que al joven doctor Viette no le gustaría ser ladrón.

—No —replicó vivazmente el profesor Sisley—. No le gustaría, sino que ya lo era.

¿A qué se refieren Adams y Sisley? ¿Por qué están convencidos de que el doctor Viette organizó el robo de su propio cuadro?

Solución

21. SWINGING LONDON

El doctor Viette mentía al decir que no había estado jamás en el Reino Unido. En general, es difícil manejarse con el cambio en las primeras horas de estancia en un país con cuya moneda no se está familiarizado; esto es particularmente cierto respecto del Reino Unido, con sus monedas de diferentes metales, formas y grosores, y sin una relación directa entre el tamaño y el valor de las monedas (la moneda de 10 peniques, por ejemplo, es de aproximadamente el mismo tamaño, pero diferente metal, que la de 2 peniques, y ambas son mayores que la de 20 peniques, que tiene una forma heptagonal; la moneda de 1 penique, por su parte, es mayor que la de 5). Cabe mencionar que el repertorio de monedas era aún más variado y complejo en el momento del relato, en que aún se usaba el antiguo sistema de libras que valían 20 chelines, cada uno de los cuales valía 12 viejos peniques, coexistiendo con los actuales peniques basados en la partición decimal de la libra esterlina.

Una investigación posterior mostró que el joven doctor Viette había estado de incógnito en Londres unas semanas antes del robo, organizando la trama que le permitiría robar su propio cuadro del depósito de Heathrow; todo, obviamente, con el objeto de cobrar el elevado importe del seguro.

22. EL CASO DE LOS SOCIOS DISOCIADOS



El profesor Sisley estaba entrando a la comisaría y se encontró a su amigo, el comisario Bernard Cross, a punto de salir:

—¿Conoces a un par de tipos llamados Morton y Spinny? —preguntó el comisario.

—Investigadores privados, ¿verdad?—replicó Sisley—. Trigo no del todo limpio.

—Pues acaban de ensuciarlo del todo. Spinny mató a Morton; defensa propia, dice. ¿Me acompañas?

Unos minutos después, estaban en el despacho algo destartado de los que hasta hacía tan poco habían sido socios. Morton yacía en el suelo, con una Beretta de 9 mm cerca de su mano derecha. Sobre el escritorio, había una Colt 45 semiautomática.

—Morton empezó a decirme que yo lo estaba estafando, y a medida que hablaba se iba enfureciendo; en un momento, fue hasta la caja fuerte y rebuscó dentro, diciendo que allí tenía las pruebas de que yo estaba robándole; pero en vez de sacar unos papeles, sacó la Beretta y sin mediar una palabra me disparó. Erró, y antes de que pudiera dispararme de nuevo, tiré yo. Después lo llamé enseguida.

—¿Y era verdad que lo estabas estafando?

—Oh, claro que no. Bueno, en todo caso, no más que él a mí. Pero llevábamos ya ocho años juntos, y es absurdo que haya tratado de matarme por unos miserables dólares. En fin, que no me quedó más remedio que defenderme.

Mientras Spinny hablaba, el comisario se puso unos guantes, marcó con tiza el sitio donde estaba la Beretta, la recogió y con un pincel pasó sobre ella un poco de polvo.

—Sólo tiene un par de huellas —dijo—. Por tu bien, espero que sean de Morton.

—Oh, claro que lo son —respondió Spinny.

El profesor Sisley, mientras tanto, también se había calzado sus guantes y se acercó a la vieja caja fuerte. La combinación no estaba echada: al tirar suavemente de la rueda, la puerta se abrió chirriando. Adentro se veían unas carpetas, armas y unos cuantos fajos de dinero.

—¿No usan nunca el banco? —preguntó.

—A veces —contestó, displicente, Spinny.

—Spinny, ¿sacó usted algún documento que lo incriminaba o dinero de esta caja después de matar a Morton?

Dígame la verdad, porque si me miente puede perjudicarse mucho.

—No toqué nada. Salvo el teléfono para llamarlos a ustedes, claro.

—Entonces, la pretendida defensa propia no ha existido; usted disparó a su socio desarmado y fraguó el tiroteo.

¿Cómo llegó el profesor Sisley a esa conclusión?

Solución

22. EL CASO DE LOS SOCIOS DISOCIADOS

Si Morton hubiera querido sorprender a Spinny sacando de improviso la Beretta de la caja fuerte, no se hubiera ocupado de cerrar la puerta.

23. EL CASO DE LAS PINTURAS RUPESTRES



Sólo un millonario puede procurarse en París una mesa tranquila en un restaurante; el profesor Sisley comprobó esta antigua verdad mientras él y su amigo, el magnate del hierro Gaspard Binnet, pedían sendos coñacs para rematar una espléndida cena. Notó de pronto lo tranquilo que era el ambiente porque Binnet quería tratar en la sobremesa un tema confidencial, y no le fue necesario hacerlo en un susurro.

—Profesor Sisley, sé que usted, además de policía, es arqueólogo, ¿verdad?

—No me he dedicado tanto como hubiera querido a esa maravillosa disciplina, pero sí, soy arqueólogo.

—Necesito consultarle sobre una oferta que me han hecho. Usted sabe que la Dordoña alberga una gran cantidad de famosas cuevas del paleolítico superior con pinturas rupestres; esas pinturas siempre me han apasionado. Bien, un antiguo ingeniero de minas que trabajó para mí me dice que ha descubierto una nueva cueva con pinturas en una finca de la región, y que la ha adquirido. Me dice que no puede, por seguridad, revelar la posición exacta de la cueva, pero me envía unas fotografías que ha tomado allí. Para mí sería un sueño asociar mi nombre a un descubrimiento semejante; no me importaría comprar la finca y

luego donarla para que sea adecuadamente preservada. Me temo que mi ex-empleado está metido en esto sólo por el dinero, y que no es la persona adecuada para cuidar de este tesoro.

—¿Me mostraría las fotos? —preguntó Sisley, con una voz extrañamente calma. También él era un apasionado de Lascaux y las demás cuevas del Valle de Vezières.

Las fotografías no eran de buena calidad, pero dejaban ver las usuales escenas de caza realizadas en ocre y marrones. En una de ellas un reno aparecía herido por una flecha, en otras se veía a los arqueros disparando sus dardos, en otra más la llegada de los cazadores con una presa auestas a una cueva donde esperaban mujeres y un niño con un gato en-brazos.

—Es extraordinario, ¿verdad? Está pidiendo cinco millones por la finca, pero seguramente se puede obtenerla por menos. La verdad es que no le resultará fácil venderla, pues nadie la podrá utilizar para una explotación turística privada ni nada por el estilo...

—Nadie la podrá explotar para eso, ni para el adelanto de la ciencia, ni para nada. No gaste usted un centavo en esto: se trata de una estafa —sentenció el profesor Sisley.

¿Cómo lo sabe el profesor?

Solución

23. EL CASO DE LAS PINTURAS RUPESTRES

Es imposible que en una cueva paleolítica se encuentre una imagen de un gato doméstico. Los gatos fueron domesticados en el Mediterráneo y en Egipto cuando ya hacía al menos tres milenios que los hombres habían abandonado la vida en las cuevas, entre el 7000 y el 2000 a.C.

24. CITA EN EL MUSEO



—Buenas noticias, profesor Sisley. Acabamos de detener a Joseph Clinson, un criminal de mucho cuidado. Pero estaba solo, así que no se resistió, y allí lo tenemos. Y lo que es mejor aún, tenemos esto —dice un exultante comisario Cross, mostrando el teléfono móvil de Clinson.

Unos minutos después, Cross y Sisley están examinando los mensajes recientes. Esfumado velozmente su buen humor, el comisario protesta:

—¡Cuántas tonterías aquí adentro! ¡Quiero nombres, citas! ¿Qué será esto, Sisley?

Un mensaje de texto, recibido en el teléfono de Clinson a las 10, reza: «Entonces el músico se opuso a las dominantes. César».

—¿Quién es el músico? ¿El grandote Nesy, al que a veces le da por tocar el clarinete? ¿Y las dominantes? ¿Se refiere a las dominantes musicales? ¿O a las bandas que dominan el crimen en el oeste de la ciudad? Pero no veo a Nesy

oponiéndose a los que tienen el poder, más bien suele ir con los ganadores, sean quienes sean. ¿Y quién es César?

El profesor Sisley levanta la vista de un papel; mientras el comisario hablaba ha copiado el mensaje y ha estado haciendo unos círculos sobre determinadas partes del mismo.

—Vas mal encaminado, Bernard. Es más simple, aunque está bien escondido. Son las 11.30, tenemos poco tiempo, toma unos cuantos hombres bien armados y vamos ya al Museo Metropolitano, creo que uno o varios de la banda de Clinson se presentarán en un rato allí.

¿Cómo deduce el profesor Sisley que hay una cita en el Museo?

Solución

24. CITA EN EL MUSEO

Del mensaje de texto, lo que vale es la primera sílaba de cada palabra; léidas esas sílabas iniciales en sucesión, dice: «En el Museo a las doce». Dado que son las 11.30, y que Clinson estaba solo cuando lo detuvieron hace muy poco tiempo, el profesor piensa que es posible sorprender a uno o varios de la banda en el Museo Metropolitano, el museo de Nueva York por excelencia.

25. LA TRAVESURA DE LOS DOS MILLONES



El profesor Sisley pasó a visitar a su amigo el comisario Bernard Cross a última hora de la tarde y lo encontró rabiando contra su ordenador. Cross abría y cerraba archivos y carpetas, y maldecía alternativamente a la modernidad, a los ordenadores y a sí mismo.

—¡Era mucho mejor cuando todos mis archivos estaban en papel! ¡Ni una maldita hoja se me perdía, y ahora algo importante está metido en algún recóndito lugar de esta maldita máquina y no lo puedo encontrar!

—Bernard —dijo filosóficamente el profesor Sisley—, me temo que antes se te perdían también los papeles, pero al menos podías echarle la culpa a tu secretaria. Ahora, ya no tienes esa posibilidad. ¿Por qué no te calmas un poco y me cuentas qué has perdido?

El comisario se tomó un respiro, separó la vista de la pantalla y explicó:

—Tenemos cuatro jóvenes de un grupo de cuatro ricos amigos, sospechosos de un robo a un quinto miembro del grupo, la heredera Ellen Blomm, a quien, en una fiesta al parecer un poco alocada, le sustrajeron una diadema de diamantes de su dormitorio: una suerte de travesura, si no estuvieran involucrados en el asunto algo así como dos millones de dólares. Las

declaraciones de los jóvenes (déjame ver, al menos aquí tengo mi libreta de apuntes) fueron:

Joshua Kensington: Yo no robé la gargantilla. Fue Peter.

Peter Indres: Yo no lo hice. Anne tampoco fue.

Charles Groove: Peter no fue. Fue Joshua.

Anne Marlborough: ...

—¡Demonios! —y empezó a pasar las hojas de su libreta hacia adelante y hacia atrás—. ¿Dónde está la declaración de Anne? ¡Demonios!

—Bien, al menos no se trata de tu ordenador, ahora... —dijo Sisley—. Deja por favor también esa libreta, y cuéntame qué más hay.

—Nada, que hicimos declarar a este hato de niños mentirosos y engreídos conectados al detector de mentiras, ante el cual repitieron sus afirmaciones, y el polígrafo detectó que estaban diciendo cada uno una verdad y una mentira. ¡Y no encuentro el informe de la prueba, ni en papel, ni en el ordena...

—No empieces de nuevo, Bernard, y no te preocupes más —dijo el profesor Sisley—. Si las declaraciones son esas, y cada uno de los jóvenes ha dicho una verdad y una mentira, la diadema de diamantes la ha robado...

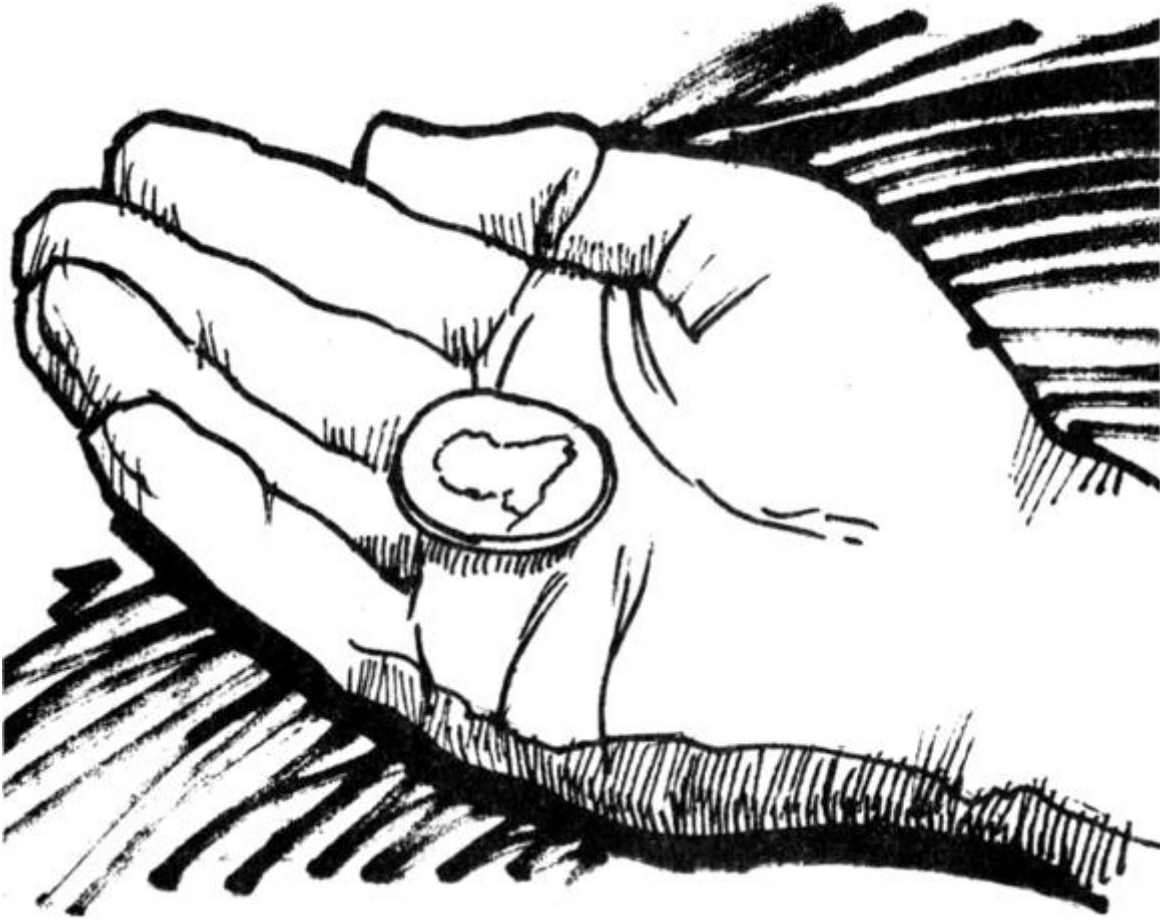
¿Quién?

Solución

25. LA TRAVESURA DE LOS DOS MILLONES

La ladrona fue Anne Marlborough. Consideremos la posible culpabilidad de cada uno: si Joshua fuera culpable, sus dos declaraciones serían mentira; por lo tanto, Joshua no es el ladrón. Si Peter fuera culpable, las dos declaraciones de Charles serían mentira: por lo tanto, Peter no es el culpable. Si Charles fuera el culpable, las dos declaraciones de Peter serían mentira. Queda solamente Anne y, siendo ella la ladrona, las declaraciones de los otros jóvenes pueden contener cada una, una verdad y una mentira.

26. EL CASO DEL VENDEDOR AFANOSO



El sujeto, vestido como un afanoso vendedor de lavadoras, con su traje oscuro algo gastado y su corbata demasiado brillante, desentonaba en el cochambroso Old Bayley's de la avenida D casi tanto como el profesor Sisley; quizás un poco más.

—Doc, me dijeron que usted es historiador, o arqueólogo, o algo así...

—Algo así, sí —respondió el profesor, sin extenderse demasiado pero interiormente divertido de lo que se venía. Lo que vino fue:

—¿Le interesa una colección de sellos postales que perteneció a Napoleón I?

—No colecciono sellos, pero bueno... me gustaría verla. ¿La tiene por allí?

—Oh, no... es una colección demasiado grande... y también muy valiosa... aunque por ser usted, podría dejársela a buen precio. En cambio, sí tengo aquí conmigo esto —dijo, y sacó de su bolsillo una moneda en cuya cara se leía:

ELIZABETH I - DEO GRATIA REGINA

—Reina por gracia de Dios —explicó el vendedor—. Latín. Ponían un lema en latín. Todavía lo hacen.

—Ajá, latín... Elizabeth I... —dijo el profesor Sisley.

—La reina Isabel... —dijo el vendedor afanoso—. El período isabelino, ¿entiende? Psst, Shakespeare podría haberla tenido en sus manos, pero veo que no le tienta mucho. También tengo esta otra.

Ahora era una con la efigie de Nerón:

NERO IMPERATOR - A.D. LXII

—Annus Domini 62... Casi dos mil años, imagínese. A que ésta sí le gustó —dijo el hombre— y no es tan cara como usted debe creer. La verdad, se hacían muchas... —agregó, como en un arranque de confianza y complicidad con su posible comprador—. ¿Le interesa comprarla?

—Comprar, comprar, no sé... —respondió el profesor Sisley— pero si quiere puedo canjeársela por un importante consejo: ponga los pies en polvorosa con todas sus baratijas, antes que llame a la policía para que lo detenga.

¿Cómo sabe Sisley que todo lo que le están ofreciendo es falso?

Solución

26. EL CASO DEL VENDEDOR AFANOSO

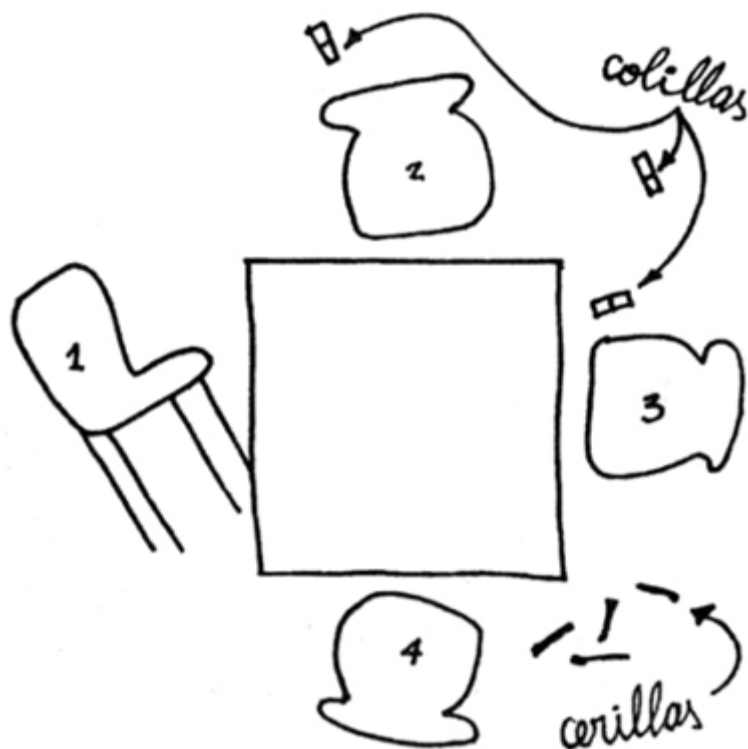
Napoleón jamás pudo tener, no una colección, sino siquiera un solo sello de correos, porque el primero de ellos no circuló hasta el 6 de mayo de 1840, casi veinte años después de su muerte en Santa Helena, y todavía pasarían un par de décadas más antes de que el sistema se popularizara; la reina Isabel I, por su parte, no fue llamada así hasta que no hubo una Isabel II (lo mismo vale para todos los reyes y papas que fueron los primeros de su nombre, con la curiosa excepción de Juan Carlos I de España). Más torpe aún es el fraude relativo a la moneda con la efigie de Nerón: el cómputo de los años a partir del nacimiento de Cristo fue creado en el año 525 y se popularizó en Occidente unos dos siglos después; los romanos usaban como base de su calendario la fecha de la fundación de Roma, que en nuestro calendario correspondería al 753 antes de Cristo.

27. ¿CUÁNTOS ERAN TODOS?

La cabaña, aislada a la orilla de un río no muy ancho, realmente era ideal para un encuentro entre bandas; se podía llegar en automóvil o en lancha, no llamar la atención de los vecinos —nadie en un par de kilómetros a la redonda— e instalar vigías para prevenir la llegada de la policía; o de enemigos de los mafiosos reunidos, dispuestos a eliminarlos a todos; o de amigos de uno de ellos, también dispuestos a eliminar a todos... menos a su jefe. Pero esos «todos» que se habían reunido en la cabaña abandonada, ¿cuántos serían?

—Se me escaparon por un pelo —dijo el comisario Cross al profesor Sisley—. Mira: este es un esquema de lo que encontramos al llegar; los números indican las sillas en torno de una basta mesa de cocina: una de ellas, volcada. Seguramente había varios guardaespaldas y vigías dando vueltas por ahí, pero me interesa sobremanera saber cuántos eran los jefes que conferenciaban en torno a la mesa. Por lo que hallamos sé que eran al menos dos: uno, que volcó la silla al levantarse, y otro más, que estuvo fumando bastante, sentado enfrente del que volcó la silla.

Pero no estoy seguro: bien podrían haber sido también tres, o quizás cuatro, que no dejaron señas especiales ni volcaron sus sillas al ponerse de pie.



El profesor Sisley examinó un momento el gráfico y dijo: —No has perdido las buenas costumbres, Bernard. Las fotografías no pueden reemplazar a un buen esquema tomado por un buen policía. Las cerillas, ¿eran de madera, verdad?

—Así es. Míralas —respondió Cross, mostrando una bolsa plástica en que estaban guardadas unas cerillas de madera quemadas hasta más abajo de la mitad.

—Me lo imaginaba —comentó Sisley, satisfecho—. Bien, los jefes reunidos en torno a la mesa eran tres.

¿Cómo sabe el profesor Sisley que los capos eran tres?

Solución

27. ¿CUÁNTOS ERAN TODOS?

Sisley sabe que no eran dos porque no tiene sentido que uno solo, fumando, haya tirado todas las colillas de un lado y todas las cerillas del otro; más bien parece probable que haya habido, además del hombre que volcó la silla, dos fumadores, diestros los dos: uno, en la silla 3, estuvo fumando cigarrillos y encendiéndolos con un mechero, que el otro, que estaba sentado en la silla 4 y que fumaba un puro, prefirió no usar, remitiéndose a sus propias cerillas de madera. Las cerillas están quemadas hasta más abajo de la mitad, lo cual es característico del encendido de los puros, que necesitan más fuego que un cigarrillo. No se encuentra la cola del puro porque el que lo fumaba se lo llevó, encendido o apagado: de hecho, hay varias cerillas porque los puros se apagan a menudo y suelen volver a encenderse siempre que no se hayan enfriado completamente.

¿Y cómo sabe Sisley que los jefes no eran cuatro? Las colillas de cigarrillo que están esparcidas en el suelo a partir de la silla 3 pasan por sobre la silla 2, y parece poco probable que el fumador sentado en 3 haya arrojado las colillas por encima de la cabeza de alguien sentado en 2. ¡A un *capomaffia*, una cosa así le hubiera parecido muy descortés!

(Un posterior análisis de las cerillas indicó que eran cerillas sin azufre, las preferidas de los fumadores de puros. Fuera de la cabaña, las huellas eran confusas, pero los hábiles sabuesos de Investigaciones confirmaron que los delincuentes habían escapado en tres grupos, uno por el río y dos por tierra.)

28. EL GRAN PASO



—Estaba leyendo en mi estudio, y los escuchaba discutir en el apartamento de arriba; no presté atención, pues era cosa de todas las tardes; pero cuando escuché el disparo, me asomé de inmediato a la ventana y vi un descapotable rojo que se alejaba. Entonces llamé a la policía... ¿Ha... ha pasado algo malo?

—Así es, señor Muldford... su vecina, la señorita Billigan, ha sido asesinada — respondió el comisario Bernard Cross.

El comisario y el profesor Sisley regresaron entonces a la segunda planta, donde los investigadores estaban examinando la escena. La señorita Billigan, una conocida delincuente, yacía en medio de la habitación principal del amplio y sucio apartamento, con una bala en el pecho; el revólver, un poderoso Smith & Wesson 686 Magnum, estaba tirado a algo más de un metro del cadáver. Sobre el escritorio, una nota apresuradamente escrita: «Johnnie viene para acá. Está furioso. Tengo miedo».

El tal Johnnie era obviamente Johnnie Brodsky, el novio de la señorita Billigan, y, según se sabía, su compañero de correrías delictivas. La especialidad

del dúo eran hurtos y estafas; al parecer, ninguno había matado a nadie... hasta hoy, en que uno había matado a la otra.

Mientras el comisario impartía a una patrulla la orden de arrestar a Johnnie, Sisley daba vueltas a la escena del crimen, miraba la nota, volvía hacia el cadáver.

—La bala entró en el cuerpo desde arriba —informó uno de los investigadores—; aparentemente la disparó un hombre muy alto, a unos 30 cm de distancia. El orificio de entrada se ha cerrado un poco, por eso parece ser de un calibre menor, y el de salida está en cambio muy abierto, pero no hay dudas de que el disparo provino del Smith & Wesson. No falta nada: la bala está clavada en aquella pared, y la cápsula servida aquí en el suelo.

Sisley se interesó:

—¿Cómo es Johnnie Brodsky, Bernard?

—Bueno, un rubio de hombros anchos, un metro setenta y siete de altura, poco más o menos, y no sé si será guapo, pero al menos, con su descapotable rojo, parece resultarles guapo a cierta clase de muñecas... Estos dos estaban ya muy cercados por la policía por todas sus fechorías, y él no dejaba de engañarla con cuantas podía, gastando con ellas el dinero que les quedaba.

—¿Y ella?

—Pues no parecía tan alegre, la verdad; cada tanto vigilamos la casa, y siempre andaba por aquí, espiando a la calle a través de las cortinas.

Señalando vagamente el desorden y la suciedad que reinaban en el apartamento, Sisley comentó:

—Aparentemente, ni limpiaba ni tenía criada.

—Tenía. Una morena bastante bonita —replicó el comisario—. Creo que Johnnie la engañaba también con ella... En fin, entre engañar y matar, hay un gran paso... y este raterito de poca monta finalmente lo ha dado.

—No lo ha dado —replicó tranquilamente Sisley.

—¿Cómo? ¿No es obvio que se trata de un asesinato?

—En el sentido de que todo suicidio es un asesinato, nada más. Por favor, ¿podrías pedir que le hagan una prueba de pólvora a las manos de la señorita Billigan?

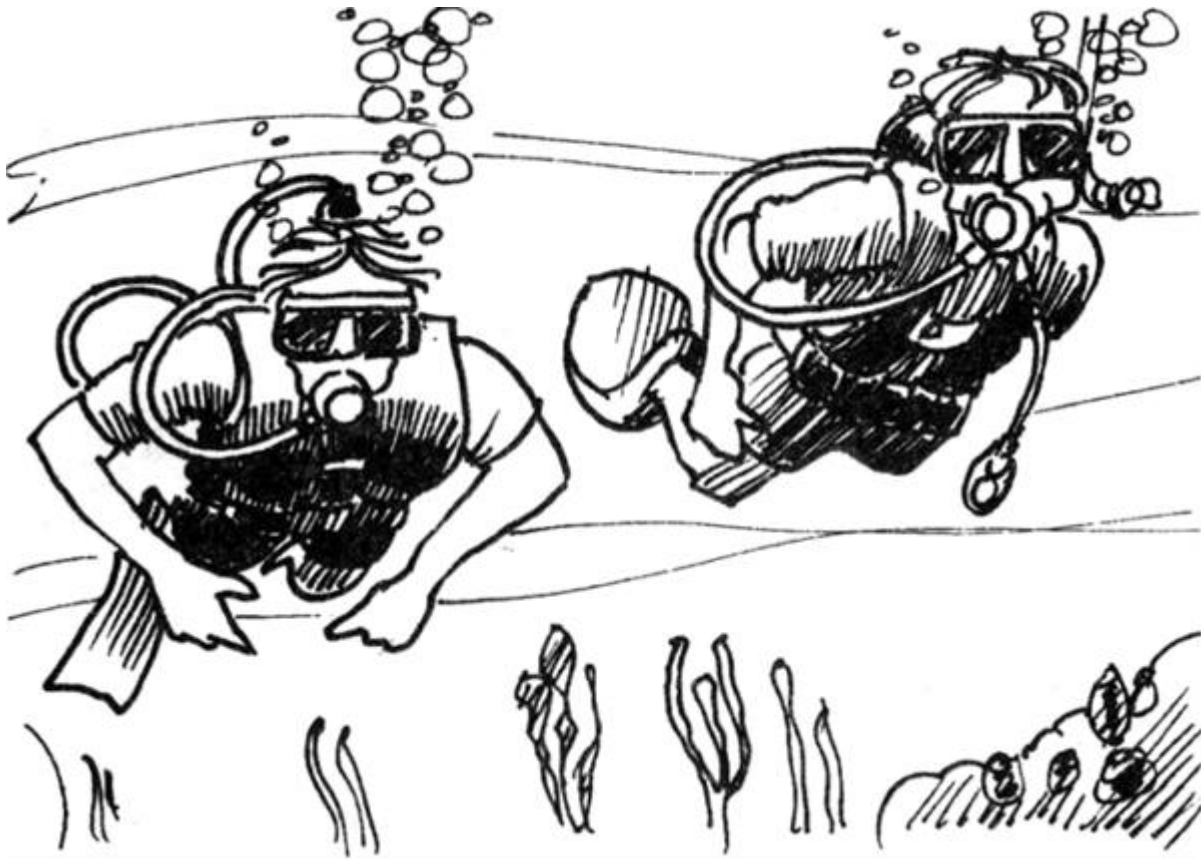
¿Por qué Sisley cree que se trata de un suicidio?

Solución

28. EL GRAN PASO

Sisley sospecha que la señorita Billigan se ha disparado a sí misma con el Smith & Wesson, levantando el brazo para simular que la mataba un hombre, pero exagerando un poco el ángulo; el fuerte efecto de retropropulsión del proyectil Magnum habría hecho lo demás, alejando el revólver de su mano. Motivos no le faltaban a la señorita Billigan, ni para matarse —se sentía acorralada por la policía— ni para estar furiosa con Johnnie, que no da en principio el perfil de un duro y alto asesino. La pista definitiva, empero, la aporta el testimonio del vecino de arriba: si Johnnie hubiera sido el autor del disparo que el vecino escuchó, no podría haber bajado hasta la calle, haber puesto el automóvil en marcha y estar ya alejándose en el lapso desde que el vecino escuchó el disparo hasta que se asomó. De hecho, dice que se asomó «de inmediato». Lo obvio es lo que no parecía tan obvio: los cómplices discutieron, y cuando él se marchó del apartamento, ella garabateó una nota inculpativa y se suicidó. (Basado en un caso real, relatado por la médica policial Anne Wingate en su libro *Scene of the crime*.)

29. EL CASO DEL TESORO SUMERGIDO



—Profesor Sisley, profesor Sisley —gritaba agitado el pelirrojo que corría por el muelle, rumbo al enorme yate anclado en la marina de Veracruz. Sisley dejó a un lado su libro y preguntó:

—¿Qué pasa, Phil? ¿Has estado buceando? ¿Descubriste un tesoro?

Phil se detuvo un momento en seco, desconcertado. Luego, terminó el trayecto hasta el borde del yate y preguntó en voz baja:

—¿Cómo lo sabe?

—Caramba, porque traes tus aletas de hombre rana bajo el brazo.

Phil bajó aún más la voz:

—No me refiero a eso. Me refiero al tesoro.

—No sé nada. Ven y cuéntame.

Phil, el dueño del tremendo yate, era un ex-alumno de Sisley que había hecho fortuna con una compañía de software muy bien considerada en Silicon Valley... y también en Wall Street. Había invitado al profesor Sisley y a su sobrina, a la

sazón novia de Phil, a un viaje por el Caribe. Una vez que hubo subido al barco, explicó:

—Horace Walpole, un americano que vive aquí hace años trabajando como instructor de buceo, me ha llevado hasta un galeón hundido a unos cientos de metros de la costa con un increíble tesoro. Me ofrece formar una compañía para rescatarlo.

—A ver, a ver, cómo es eso. Mira que hay muchos embusteros dando vueltas por ahí.

—Lo sé, lo sé... no soy un niño, soy un empresario, y no se olvide que fui policía alguna vez. Y estudié con usted, ¿verdad? No pienso meterme sin tomar precauciones. Dígame, ¿es buena esta moneda?

Y echó sobre la mesa que estaba frente a Sisley una reluciente moneda de plata.

—Un real de a ocho, de plata, acuñado en Potosí en 1664. Una bonita pieza.

—¡Y allí abajo hay miles de estas!—dijo Phil—. ¡Las vi! Hace unas horas, Horace, con quien yo estaba tomando unas clases de buceo, me dijo que deseaba mostrarme algo; subimos a su barco los dos solos, con cierta sutileza se aseguró de que yo no tuviera una brújula y me pidió que me quedara en la cabina con los visillos corridos. Luego condujo su lancha unos veinte minutos mar adentro, fondeó más allá de la barrera de corales y nos sumergimos. Al llegar a un galeón hundido, bastante deteriorado, nos abrimos paso hasta la cabina de proa, donde había unos cofres apilados, algo de vajilla rota, y una buena cantidad de monedas tiradas en lo que alguna vez fue el suelo de la cabina. Horace llevaba con él una bolsa de arpillera, y allí metimos varias monedas de las que estaban en el suelo; abrió luego un cofre, completamente repleto de monedas, y cargamos en la bolsa algunas más. Habremos estado unos quince minutos allí abajo; de regreso en el barco, me propuso el negocio: hace falta más o menos medio millón de dólares para rescatar el tesoro, pero su valor puede superar los veinte millones. Se da cuenta, profesor: ¡veinte millones! Yo estaba muy excitado, pero me esforzaba por disimularlo; entonces él sacó de la bolsa de arpillera esta moneda y me preguntó si la conocía; le dije que no, que no tengo experiencia en numismática, y me pidió que la hiciera ver por un experto, que mejor habláramos después. La guardé en el bolsillo, vine corriendo... y ahora usted dice que es verdadera...

—Sí, verdadera es, pero...

—Ya sé, ya sé: la moneda está acuñada en Potosí... y entonces, ¿por qué iba a estar en un galeón en México, a miles de kilómetros de Bolivia? ¿No sería más

lógico que un galeón partiendo de Veracruz llevara monedas acuñadas aquí mismo?

—No es eso. En el siglo Xvii, los reales de a ocho circulaban por todo el mundo; fue la primera moneda global, atesorada y aceptada como válida, a veces como única moneda válida, desde Canadá hasta la China.

—Yo sé qué es lo que no convence a mi tío —dijo Lena, que había escuchado toda la historia—. Habría que ver si, con todos los descubrimientos que se han hecho en el Caribe, verdaderamente quedan galeones cargados con tesoros aún sin hallar... Pero eso se puede averiguar.

—No hay nada que averiguar, queridos Lena y Phil. Por supuesto quedan cientos de tesoros hundidos: el transporte de plata y oro rumbo a España era incesante, estas barreras coralinas eran un peligro, y los piratas más todavía. El caso es que no estamos ante uno de esos tesoros, sino ante una estafa muy poco brillante... o demasiado brillante, según se mire.

¿Por qué el profesor Sisley no cree en la historia del tesoro?

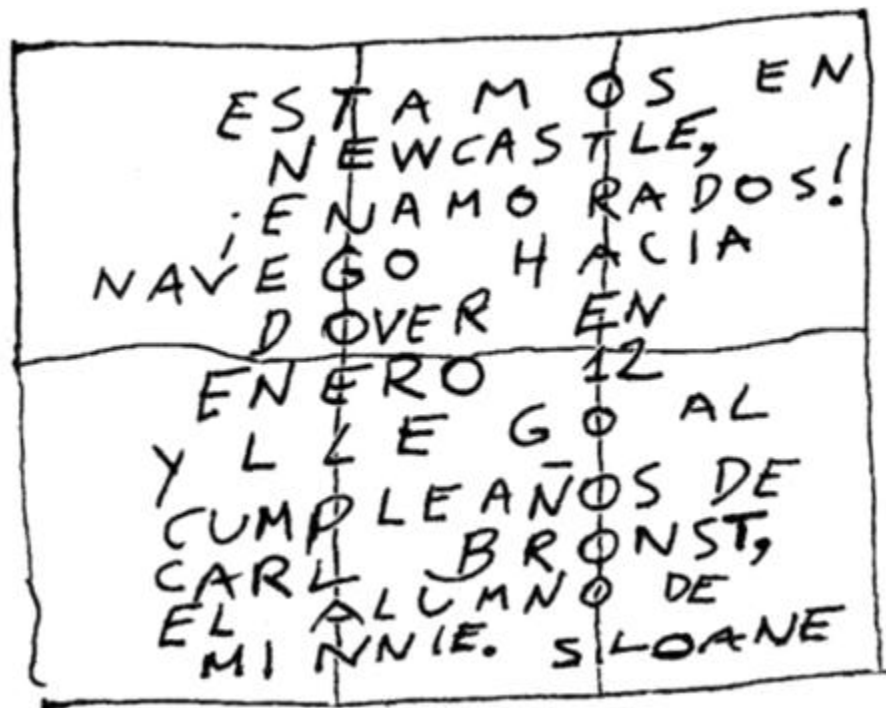
Solución

29- EL CASO DEL TESORO SUMERGIDO

Es imposible que monedas de plata que han estado sumergidas tres siglos estén relucientes. Walpole ha encontrado cerca de la barrera coralina un barco hundido que no contiene tesoro alguno (o porque nunca lo tuvo, o porque ya fue expoliado) y ha sembrado allí unas cuantas monedas falsas; luego, ha simulado sacar de la bolsa de arpillera otra, esta sí verdadera, que él mismo ha introducido en un momento de distracción de Phil.

30. EL CASO DE LA CARTA INGLESA

—Me dijeron que has arrestado a Gordon Frye —dijo el profesor Sisley al comisario Cross—. ¿En qué anda? —Me pasaron el informe de que está planeando algo grande, un robo a un banco de primera línea. Pero me temo que tendré que dejarlo ir. Venimos escuchando sus llamadas telefónicas, y nada. Conseguí una orden de allanamiento y hemos registrado cada rincón de su habitación en el Hotel Regency, y tampoco hay nada. Lo único medianamente interesante que tengo es esta carta que llevaba cuidadosamente doblada en un bolsillo.



Se calzó unos guantes blancos, desplegó el papel y lo puso ante los ojos del profesor Sisley.

—Muy interesante —dijo Sisley.

—El teniente Hiram opina lo mismo y cree que el 12 de enero es la fecha señalada para el robo al banco, cuando lleguen los cómplices que ahora están en Inglaterra. Cari Bronst, verás, es un viejo bandido que ya creíamos retirado; yo pensaba que estaba en Italia, no en Inglaterra o en Bretaña, como sugiere la nota, pero puedo estar equivocado, tampoco nadie le sigue la pista allá; Sloane, no tengo idea de quién es, y Minnie tampoco. Hiram cree que «Minnie» es un

nombre en clave, que se refiere a Melissa Groves, la novia de Mickey Radcliff, el conocido traficante. Pero aun admitiendo la teoría de Hiram hay un par de cosas que no se entienden: uno, por qué o en qué sentido Bronst, que ya ha de tener unos 80 años, es «alumno» de Melissa, que andará por sus 30; otra, ¿están estos tunantes, en marzo, preparando un robo para dentro de diez meses? Yo pensaba que era algo más inminente...

—Y seguramente lo es —dijo Sisley, que no había despegado los ojos del papel durante el relato de Cross—. Al teniente Hiram, repítele el consejo de Sun Tzu: «Para derrotar al enemigo, lo primero es penetrar los pliegues de su mente y no subestimar su inteligencia». En cuanto a Gordon Frye, déjalo ir, pero no le pierdas el rastro; acá le están pidiendo el dinero para entregarle el plano del banco, así que a la brevedad intentarán el golpe.

¿Cómo sabe el profesor Sisley todo esto?

Solución

30. EL CASO DE LA CARTA INGLESA

Lo que Sisley ha leído en la supuesta «carta inglesa» son las letras escritas en los pliegues verticales del papel, de arriba abajo, primero a lo largo del pliegue de la izquierda, luego del de la derecha. Todo el resto, incluyendo la mención de localidades inglesas, el nombre de Bronst, Minnie, etc., es mero relleno.

31. EL CASO DEL VENTANAL PARLANTE

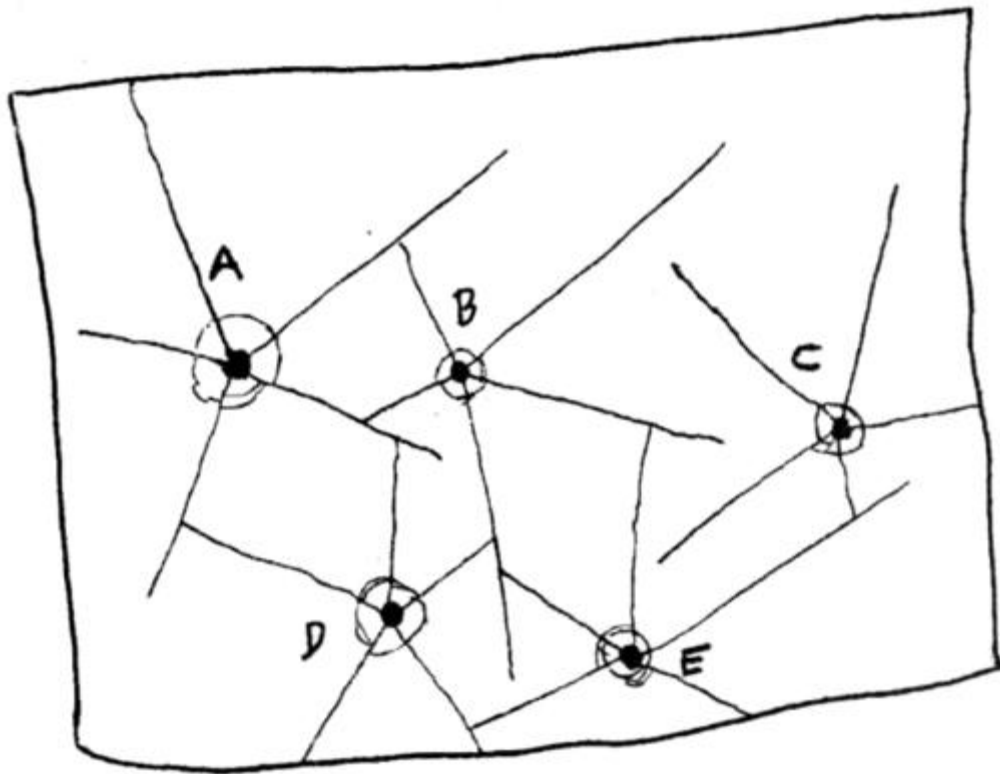


—Yo estaba charlando con una amiga y tomando tranquilamente un whisky en el salón del hotel, cuando Hardlane empezó a dispararme. No tuve más remedio que matarlo. «Defensa propia», se llama, ¿no es así? —dijo «Grizzly» Malone.

—No te hagas el gracioso, Grizzly. Deja tu revólver sobre esa mesa y préstame un rato tus muñecas; voy a esposarte hasta ver si dices la verdad.

Pero la verdad no era tan fácil de establecer. Lo único seguro era que Hardley yacía en la acera atravesado por tres balas del 38 de Grizzly Malone, y que un par de balas de la 45 de Hardlane se habían incrustado en los sillones del hall. En cuanto a los testigos, tanto el recepcionista, que hacía también las veces de camarero y había servido un par de whiskies a Grizzly y a su amiga, como la propia amiga, una linda muñeca más pálida que la misma muerte, ninguno de los dos estaba en condiciones de decir si los disparos habían empezado desde afuera hacia el hotel o desde el hotel hacia la calle.

El comisario Cross hizo un esquema del ventanal destrozado por el tiroteo, y, mientras los investigadores hacían su tarea, volvió a su despacho, donde se encontró con el profesor Sisley.



—Los orificios que marqué como A, B y C son del revólver de Grizzly; D y E, son las perforaciones que dejaron las balas de Hardley.

—¿Ya has recibido el informe de los peritos?

—No, pero los distintos calibres hablan solos; además, la bala, al atravesar el cristal, hace un orificio cónico, más pequeño a la entrada que a la salida. Me lo enseñaste tú mismo en la Escuela de Investigadores, ¿recuerdas?

—Sí —dijo Sisley.

—Ahora, la cuestión es: ¿quién disparó primero? Voy a llamar para ver si apareció algún testigo más.

—No es necesario, Bernard. Mira con atención tu gráfico; ese ventanal ya te ha dicho de qué revólver provenía cada bala; ahora puede decirte en qué orden fueron disparadas las cinco.

¿A qué se refiere el profesor Sisley? ¿Quién disparó primero?

Solución

3 1. EL CASO DEL VENTANAL PARLANTE

Grizzly Malone disparó primero, al ver pasar a Hardlane por la calle. El orden en que fueron disparadas las balas es A (Malone), B (Malone), D (Hardlane responde con un tiro fallado), E (Hardlane falla otro tiro) y C (último disparo de Malone). Dado que las tres balas de Malone dieron en el blanco, es evidente que Hardlane estaba herido cuando atinó a responder (de hecho, el bajo mundo opina que de no haberlo estado la suerte de Grizzly Malone hubiera sido otra, dado que Hardlane era mejor tirador).

¿Cómo se sabe el orden en que el ventanal fue impactado? Tomemos como ejemplo el orificio E; de él se desprenden varias rajaduras: dos de ellas se interrumpen al tocar las rajaduras producidas por las balas B y D, lo cual indica que esas rajaduras se produjeron con anterioridad; a su vez, una de las rajaduras provocadas por E interrumpe a otra generada por C, con lo cual se ve que el impacto C es posterior al E. Comparando así las rajaduras, se llega a determinar el orden en que impactaron las balas. (Esto vale para vidrios normales: los muy delgados, en cambio, tienden a caer en pedazos ante un impacto, los blindados pueden rebotar un balazo sufriendo sólo alguna mella, según el calibre y la distancia del disparo; los inastillables, por su parte, se rompen de otra manera.)

32. EL AZAR ACUSA AL PINTOR



—¡Silencio, caballeros! —dijo quien presidía la reunión de camaradería en la cual, una vez al año se reunían algunos de los mejores criminólogos del país—. El profesor Sisley les va a hablar.

—Estimados amigos —dijo el profesor—, sin duda uno de los principios de nuestra profesión es relacionar imaginativamente los datos de que disponemos. Sin embargo, la imaginación a veces sucumbe a los prejuicios, las primeras impresiones no siempre son las buenas y el azar a veces nos juega muy malas pasadas; en otras palabras: la evidencia circunstancial debe ser cuidadosamente sopesada, pues nuestro trabajo no consiste en enviar inocentes a la cárcel. El caso que va a relatarnos nuestro amigo, el detective Edgar Snow, ilustrará estas ideas.

—Hace unos años —dijo el detective Snow—, estaba pasando unas vacaciones en casa de un senador, amigo de mi familia, cuando algunos hechos despertaron en mí la sospecha de que se estaba tramando algo, un robo o un secuestro, contra él. Una vez creí percibir un patrón codificado en una serie de llamadas telefónicas que, al atender alguien de la casa el teléfono, sólo encontraban silencio al otro lado de la línea. Por otra parte, la casa del senador estaba

rodeada de bosques, y un día me pareció ver algunas señales de luces provenientes de allí. Eso me dio la idea de que alguien planeaba algo contra el senador y que contaba con un cómplice dentro de la casa. Así como estaba yo de visita, estaba también un pintor llamado Simón Ammons, que estaba realizando unos dibujos de los pájaros de la zona a pedido del senador, y la señorita Judy Milligan, compañera de estudios de la hija mayor del senador. Una institutriz inglesa, Beatrix Gallahan, por su parte, se ocupaba de cuidar a las hijas menores. Una tarde en que no había nadie en casa, o al menos eso creía yo, pedí por teléfono a mi departamento información acerca de estas personas. Sólo Beatrix Gallahan tenía antecedentes, una condena a dos meses de prisión, en suspenso, por una pequeña estafa en Londres años atrás. Dada la incomodidad de hacer un registro de habitaciones en casa de mi huésped, y como alguna de las luces que yo creía señales desde el bosque se reiterara, una mañana conté mis dudas al senador y ambos hicimos una cuidadosa inspección de los alrededores. Hubo suerte: en un hueco de un árbol había unos fragmentos de una misiva reciente que alguien había roto y escondido allí.

Se apagó entonces la luz de la sala y un proyector dejó ver en una pantalla unos fragmentos desordenados de una esquila:



—Allí mismo nos pusimos a tratar de ordenar los fragmentos para leer la esquila. Las palabras CUIDADO, DETECTIVE, SOSPECHA y SIMON se formaban rápidamente. Un rato después, habíamos llegado a esto:



—Para mí fue una sorpresa que el pintor Simón Ammons estuviera así incriminado: ¡se había dado cuenta, al parecer, de mis sospechas, y estaba avisando a sus cómplices en el bosque de que se movieran con más cuidado! El caso es que sus habitaciones y su persona fueron registradas y absolutamente nada sospechoso apareció. Mientras cavilaba cómo seguir con el caso, volví a examinar la esquila y llegué a una conclusión muy diferente. ¡Sólo el azar estaba incriminando al pintor, y la solución podía estar en otro lado!

¿Qué encontró el detective Snow al reexaminar la esquila? ¿Cómo es que su hallazgo desincriminaba al pintor?

Solución

32. EL AZAR ACUSA AL PINTOR

El detective Snow revisó la forma en que habían sido montados los fragmentos, empezando por el hecho de la que S de ESTAS figuraba en un fragmento que parecía haber formado parte de una esquina de la nota original, siendo su borde inferior y su borde izquierdo rectos, no rotos a mano. Decidido a no dejarse llevar por las ideas hasta ese momento concebidas, dio la vuelta todos los fragmentos de modo que le quedaran a la vista papeles en blanco, y ajustó los fragmentos guiándose tan sólo por su forma. Al terminar, volvió a darles la vuelta para que apareciera el mensaje... y apareció una solución muy diferente.



El conocimiento del nombre del pintor había engañado al senador y al detective, pero al dar la vuelta a los papeles ese conocimiento ya no pudo interferir. El supuesto fragmento SI era en verdad IS y el fragmento MON era NOW. Se le pidieron disculpas al pintor, simulándose de todos modos su detención; el verdadero cómplice del planeado delito, la institutriz, no tardó en delatarse y fue arrestada por conspiración criminal. (Basado en un caso real, narrado por Randle Me Kay en *The Mystery Puzzle Book*, 1927.)

33. LA CONJURA RACISTA



—Cierta vez —dijo el profesor Sisley a sus alumnos— conseguí meter un agente encubierto en un grupo de adoctrinamiento del Ku Klux Klan. Era un grupo tan chapucero y delirante que más de una vez estuve tentado de retirar a mi agente, por miedo a que se volviera loco de tanto tratar con esa gente, pero el hombre, un joven informático, era lo bastante equilibrado como para resistir aquello. El grupo, por otra parte, tenía algunos integrantes que parecían dispuestos a dejar sus abigarradas teorías y cometer algún hecho realmente violento, así que seguimos observándolos. Bien, un día mi joven colaborador me contó que, tras una ardiente discusión sobre el destino de los Estados Unidos, que incluía un plan acerca de qué hacer cuando todos los negros y extranjeros residentes en el país fueran exterminados, una cantidad de miembros del grupo se retiraron indignados porque los otros se negaban a planear una anexión completa de México y Centroamérica. Mi agente calculó rápidamente que si él

se marchaba con los disidentes, entre los cuales había varios que le interesaba especialmente vigilar, sólo quedaría en la reunión un tercio de los originalmente presentes.

A pesar de ello, decidió quedarse, porque el jefe del grupo, aunque circunstancialmente en minoría, era realmente el alma de todo el asunto; además, gritaba furioso que había que matar a todos los que se habían ido, y realmente parecía dispuesto a hacerlo. Empero, cuando se le pasó un poco la cólera por la defección de sus camaradas, el jefe apeló a sus dotes de convicción, hizo un par de llamadas y consiguió que dos de los que se habían marchado regresaran. El jefe se mostró contento por este regreso y aceptó discutir entonces algunos planes expansionistas. A esas alturas, estaban presentes la mitad de los miembros del grupo.

—Pero, profesor, ¿quisiera decirnos cuántos eran los conjurados?

—¿Al principio o al final de la reunión?

—Oh, lo que usted prefiera. Pero dénos una idea del tamaño del grupo.

—Bien, con lo que les he contado ustedes pueden calcularlo solos —respondió sonriente el profesor Sisley.

¿Cuántos eran los miembros del grupo al comenzar la reunión? ¿Cuántos al final?

Solución

33. LA CONJURA RACISTA

Al comienzo, había 18 personas presentes. Se retiraron 11; si se hubiera retirado también el agente encubierto, se hubieran retirado dos tercios. Cuando volvieron 2, los participantes en la reunión pasaron a ser 9, la mitad que al principio.

34. ¿QUIÉN MATÓ A TIMOTHY GRANT?



—Tuvieron clase de literatura hoy, ¿verdad?—dijo el profesor Sisley a sus alumnos—. ¿Qué tal estuvo?

—Muy bien —respondió la avispada teniente Trisha Richmond—. «Lo que no tiene sentido puede ser, desde otro punto de vista, lo que más sentido tiene», escribió Edgar Allan Poe. ¿Usted está de acuerdo, profesor?

—Desde luego. Es un principio que suele dar muy buenos resultados. Precisamente, se relaciona con un caso que pensaba contarles: años atrás, tuvo lugar en un lujoso apartamento de Park Avenue un sonado caso de robo y asesinato. El muerto era Timothy Grant, quien había amasado una gran fortuna, por medios no siempre lícitos, en los últimos años del dominio colonial en la India. La sombra negra de este hombre eran otros dos, Iván Lestoff, un aventurero ruso que presumía de improbables títulos nobiliarios, y Seamus

Connor, un irlandés experto en explosivos y extremadamente hábil para traspasar fronteras; ambos habían colaborado con Grant en numerosos negocios pero, a diferencia de éste, no se habían enriquecido, de modo que a menudo medraban en torno a su ex-colega pidiéndole importantes «ayudas». El caso es que una mañana Grant apareció en sus habitaciones muerto de dos balazos; su caja fuerte estaba abierta y, a todas luces, había sido saqueada; empero, no había sido violada. Una reconstrucción de los hechos indicaba que el asesino había primero obligado a Grant a darle la combinación, luego había abierto la caja y matado a su propietario. Un vecino, por otra parte, había visto en la tarde, una media hora antes del momento probable de la muerte de Grant, que éste abría la puerta a un visitante; lo único que pudo decirnos de él es que era bastante fornido. Tanto Lestoff como Connor lo eran; dadas las circunstancias, todos pensábamos que uno de los dos debía ser el asesino, pero ambos tenían coartadas aceptablemente buenas y la investigación adelantaba muy poco hasta que un detective tuvo una excelente idea. Hizo estudiar una hoja en blanco que estaba sobre el escritorio del muerto: pasando grafito sobre ella, se reveló una anotación que voy a mostrarles.

Apagó entonces las luces, y proyectó en una pantalla la siguiente anotación:

1 v. a nuestra derecha - luego hacer coincidir la muesca de la rueda móvil con él o del disco numerado.

1/4 de vuelta a la izquierda, hasta el 26.

2 v. y media a la derecha, hasta el 73.

3 vueltas a la derecha, hasta el 77.

Así van abrir a la caja.

—Evidentemente —prosiguió Sisley—, se trataba de la huella que dejaron en el papel en blanco las instrucciones para abrir la caja fuerte, que el muerto había escrito en sus últimos minutos para quien poco después había de transformarse en su asesino. Las instrucciones eran correctas: así se abría efectivamente la caja, pero algunas cosas me llamaron la atención. Teniente Richmond, veo que tiene ganas de decir algo, ¿qué es?

—En una caja fuerte de ese tipo —dijo la joven alumna— el primer movimiento, la vuelta a la derecha, parece innecesario, ¿verdad?

—Así es; en una caja fuerte de ese tipo, todo comienza haciendo coincidir la muesca con él o; qué se haga antes no tiene importancia alguna. ¿Sí, Arnold? —dijo, dirigiéndose a otro alumno que había pedido la palabra.

—En la última frase, eso de que «van» a abrir la caja sugiere que los que estaban coaccionando a Grant eran al menos dos, ¿no cree usted? Sin embargo, el testigo había visto entrar sólo a un hombre. Es raro, ¿verdad?

El profesor Sisley sonrió.

—Así es. Es raro.

—Hay algo más con esa frase —dijo Trisha Richmond.

—Adelante —replicó el profesor Sisley.

—El señor Grant, ¿era una persona con una buena educación?

—No todo lo que había hecho en su vida era correcto, pero era un tipo extremadamente culto.

—No escribió «Así van a abrir la caja» —dijo Trisha— sino «Así van abrir a la caja», una frase algo incorrecta gramaticalmente.

—Tal vez Grant estaba nervioso y por eso se equivocó —arriesgó otro alumno.

—Si lo pensamos un poco —dijo Sisley— hay otra cosa extraña en esa frase. Todo lo que quería quien estaba frente a Grant, pistola en mano, era la combinación de la caja, y los dos sabían que se trataba de eso y no de otra cosa. ¿A qué vendría, entonces, poner al final de la combinación que la misma servía para abrir la caja? ¿Para qué otra cosa iba a servir? Es una frase tan innecesaria como la primera vuelta a la derecha de la rueda de la caja fuerte. Bien, jóvenes, a esta altura de nuestras disquisiciones: ¿alguno de ustedes puede decirme quién mató a Timothy Grant?

¿Quién fue? ¿Connor o Lestoff?

Solución

34- ¿QUIÉN MATÓ A TIMOTHY GRANT?

Iván Lestoff. Explicación: Grant, un hombre acostumbrado a moverse en los bordes de la ley, conocía a la policía lo suficiente como para apostar a que las huellas de su nota serían descubiertas; en todo caso, sabía que era probable que lo mataran y no le quedaban muchas más apuestas para hacer que tratar de incriminar a quien lo estaba amenazando sin que éste se diera cuenta. Así, en la explicación de cómo abrir la caja fuerte, insertó dos veces el nombre de Iván Lestoff:

a) Al escribir la primera línea de su nota «1 v. a nuestra derecha», dejó abierta la puerta para que se leyera IVAN al leer el número uno como I; como bien notó la teniente Richmond, esa primera vuelta nada significaba a los fines de abrir la caja.

b) La última línea es más explícita: si se ignoran las tildes y la separación entre las palabras, Grant escribió «ASI IVAN ABRIRA LA CAJA». Dadas las circunstancias, mucho más no podía hacer. En todo caso, bastó para que la investigación se centrara en Lestoff y su coartada, que finalmente fue desacreditada abriendo paso a su arresto y condena.

35. PARÍS, 1979



—Veo que ha comprado unas espléndidas acuarelas de aves —dijo el profesor Sisley al entrar a la sala de la mansión del banquero Gaspard Binnet en París.

—¿Le gustan? —preguntó Binnet—. Son huet-huets, unas aves sudamericanas muy curiosas. Tienen un canto ronco y fuerte que resuena en los cañaverales de altura, en los Andes australes, pero son bastante difíciles de ver. De hecho, casi la única forma de verlas es meter la cabeza en la mata donde uno piensa que están, y esperar: pasados unos minutos, se asoman a mirar. Son curiosas.

—Como los delincuentes —dijo el profesor Sisley—. Voy a contarle un caso sucedido justamente aquí, en el Marais, en una sucursal de la Banque Nationale de París a fines de los años 70. Un miércoles por la mañana, justo antes del comienzo de la Semana Santa, la sucursal fue asaltada por una banda de cinco ladrones: cuatro controlaron la planta baja, y uno subió a una entreplanta donde estaba la oficina de cambio del banco. El asalto duró apenas unos minutos y la banda huyó. La policía llegó casi enseguida y buscó testigos entre los clientes del banco presentes durante el asalto. De hecho, el banco estaba atestado antes de los días festivos: recuerde que entonces no existían los cajeros automáticos; pero todo el mundo estaba interesado en marcharse unos días, nadie quería perder tiempo atestiguando, así que todos decían que no habían visto nada, que sólo habían escuchado la orden de los ladrones de tirarse al suelo y taparse los ojos. Era como si hubieran asaltado un club de ciegos. En fin, mi amigo, el capitán Descours, tampoco le puso mucha presión al asunto; consiguió en la

entreplanta donde estaba ubicada la oficina de cambio del banco dos testigos entre los clientes, más los cajeros de los diversos sectores, y se conformó.

Los clientes que aceptaron atestiguar eran, como dijimos, dos: un joven mexicano de paso por París y Émile Brouant, un taxista parisino. Invitados a declarar en la Prefectura, el taxista acompañó a la policía en el mismo momento, mientras el joven pidió permiso para completar en otra sucursal la cobranza del dinero que había cambiado, interrumpida justamente por el robo. Se tomaron sus datos y la dirección de su hotel y se le pidió que se presentara más tarde.

Mientras tanto, se tomó declaración al taxista: había ido al banco a comprar unas libras esterlinas para sus vacaciones de verano en Inglaterra. Mientras hacía cola en la oficina de cambio en la entreplanta, había escuchado unos pesados pasos que resonaban en la escalera de madera que subía hasta allí, había visto aparecer a un hombre alto con un pasamontañas y un revólver que ordenó a todo el mundo tirarse en una esquina y no mirar; había hecho lo ordenado hasta que escuchó que otros se levantaban y todo había terminado.

—¿Era un revólver grande? —preguntó Descours.

—Desde luego. Creo que era un Smith & Wesson modelo 29.

—Está cerca... 629... —replicó Descours.

—¿Está seguro? —preguntó Brouant.

—Absolutamente —dijo Descours.

—Caramba, vaya armamento que tenían los chicos. Es un revólver recién salido, ¿verdad? Los otros cuatro, ¿también estaban armados así?

—Así es —respondió Descours—. Bueno, que tenga unas felices vacaciones en Londres.

—Oh, gracias, la semana próxima compraré mi billete en el ferry —dijo Brouant.

Descours pidió a su ayudante que terminara de tomar declaración al taxista y que se la hiciera firmar, mientras él atendía al joven mexicano.

—¿Pudo completar su trámite? —preguntó.

—Oh, sí —respondió el joven—. Había ido al banco a cambiar unos pocos florines, unos francos belgas, unos marcos y qué se yo cuántas monedas más que me habían quedado de un paseo por Europa; ya había entregado el dinero y me habían dado un resumen del cambio para pasar por la caja. Yo estaba, entonces, esperando cobrar y la cajera se demoraba y refunfuñaba porque tenía que revisar un montón de cuentas de las diversas monedas que yo había cambiado en pequeñas cantidades; de pronto sonaron unos pasos y ahí estaba el tipo del pasamontañas verde blandiendo su revólver ante la cajera. Me tiré al suelo con todos los demás, y cuando todo pasó me di cuenta que no tenía ni los

florines ni los marcos, que ya había entregado, ni los francos que debían darme a cambio, ni el resumen para cobrar. Afortunadamente, el papel había quedado allí mismo tirado en el suelo. En medio del revuelo lo atrapé, y aunque la sucursal se cerró después del robo, pude cobrar en otra. ¡Una suerte, pues no me quedaba un céntimo para la Semana Santa en París!

—El ladrón, ¿era alto?

—Sí —respondió el joven.

—El revólver, ¿diría que era grande?

—Bueno, no especialmente —dijo el muchacho.

Entonces el capitán Descours le pasó la grabación de las videocámaras de seguridad, y el joven palideció al ver la tremenda arma que esgrimía el ladrón mientras enviaba a todo el mundo al suelo.

—Caramba, tiene razón... sí que es grande.

—Usted dijo que el pasamontañas era verde —dijo a continuación Descours— y lamentablemente el vídeo es en blanco y negro; sin embargo, todos los cajeros que vieron al hombre alto subir a la entreplanta me dijeron que era azul.

—Bueno... yo... yo hubiera jurado que era verde.

En eso estaban cuando el capitán recibió una llamada: un soplón acababa de confiar a uno de sus agentes que la banda había comisionado a un cómplice para que se presentara como testigo a fin de averiguar qué, exactamente, sabía la policía. Al parecer, el hecho de que la Prefectura estuviera en posesión de un vídeo los atemorizaba (en esa época, las videocámaras no eran tan frecuentes como ahora, donde sólo falta que pongan unas cuantas dentro de los baños). Descours pidió a sus ayudantes que entretuvieran un poco más a los testigos mientras repasaba sus declaraciones. No le costó mucho darse cuenta de cuál de los dos era el comisionado por la banda para espiar.

—¿Cuál era? —preguntó intrigado Binnet.

¿Cuál era? ¿Y cómo lo supo el capitán Descours?

Solución

35. PARÍS, 1979

El comisionado por la banda para espiar era Émile Brouant. Explicación: dado que fue a declarar inmediatamente después del asalto, Brouant no tenía forma de saber que los ladrones de la planta baja eran cuatro.

Aunque esa circunstancia es la que lo define como sospechoso, hay otros elementos que, aun siendo secundarios, llaman la atención: por ejemplo, su conocimiento de armas de fuego es excesivo para un taxista y su «confusión» entre el Smith & Wesson 29 y 629 bien puede ser intencional, para sondear el grado de información de la policía en un punto sensible para el rastreo de los ladrones. Por último, sus motivos para presentarse a declarar no son evidentes, ni es comprobable su intención de viajar a Inglaterra.

El joven mexicano, por su parte, es notoriamente inocente: es evidente que aceptó que había visto al ladrón porque no podía decir que no había visto nada y al mismo tiempo afirmar que estaba ante la caja en el momento mismo del robo, cosa que necesitaba hacer para poder cobrar su cambio; en cuanto a sus errores de percepción, son normales en los testigos de los más diversos delitos; este tipo de imprecisión en las declaraciones de los testigos es «el pan nuestro de cada día» de los cuerpos policiales de todo el mundo. (Basado en un caso real: el autor de este libro fue «el joven mexicano».)

36. EL CASO DEL SEXTO DISPARO



En la puerta del Old Bayley's de la avenida D se había desatado un infierno: los coches patrulla de la policía llegaban uno tras otro, las ambulancias hacían sonar sus sirenas, los agentes acordonaban la zona.

—Caramba, profesor Sisley, llegó antes que yo. ¿Cómo hizo? ¿Quién le avisó? —preguntó el comisario Cross.

—Nadie —respondió el profesor Sisley—. Ya estaba aquí cuando empezó todo.

—Bueno, bueno, parece que esta vez tendré un testigo de lujo. ¿Qué pasó?

—¿Por qué no vamos entrando, Bernard, mientras te cuento?

Mesas volcadas y vidrio por todos lados, más el olor a pólvora y a sangre, delataban la feroz pelea que había tenido lugar; su saldo eran cuatro cadáveres, dos hacia el fondo del local y dos más cerca de la puerta.

El teniente Hiram ya estaba trabajando:

—Viejos pájaros de cuentas —dijo al comisario y el profesor—. Aquellos dos, al fondo, son «Dedos» Grunwald y Pat Brentley, de la banda local de la avenida D; estos de acá, Emerson y Conan, son «visitantes», de la banda del tuerto

O'Leary. Brentley, Grunwald y Emerson han sido muertos con balas calibre 44, a razón de una cada uno; Conan también recibió un balazo mortal de una 44, pero además le han regalado un tiro calibre 38 en una rodilla; tenemos las cinco balas, y los revólveres de estos cuatro señores. ¿Usted piensa, profesor Sisley, que se habían citado aquí para coserse a balazos?

—No —dijo el profesor Sisley—. Por lo que yo llegué a ver no fue algo planificado, sino una bravuconada o una imprudencia, o las dos cosas, porque la gente de O'Leary sabe que no es bienvenida en este barrio. En cualquier caso, todos empezaron a beber, después a hacerse chanzas no muy delicadas, y en un momento alguien apagó unas cuantas luces y en la semipenumbra empezaron a disparar. No pude contar exactamente los disparos, pero me parece que una bala silbó por aquel lado... ¿Me permiten?

Se dirigió hacia una esquina y empezó a mirar hasta encontrar lo que buscaba: otra bala, clavada en la pata del piano.

El teniente Hiram tenía más para contar:

—Los revólveres de Emerson y Grunwald son calibre 44; los de Conan y Brentley, calibre 38. El de Grunwald tiene dos casquillos; los otros tres, una cada una.

—Cinco balas, cuatro muertos —recontó Cross—. Han hecho un uso bastante óptimo de su artillería, ¿no es cierto?

—Demasiado óptimo —contestó el profesor Sisley—. Acá hay seis balas, contando la que está incrustada en la pata del piano, y en los revólveres hay sólo cinco casquillos. Alguien más ha disparado. De hecho, tras la carnicería me instalé en la puerta y no dejé salir a nadie, pero en la penumbra y la confusión me pareció que uno llegó a escaparse antes de que yo cancelara la salida. ¡Caramba, «el Invisible» Mulligan! Tiene que haber sido él quien huyó, tras hacer el sexto disparo; estaba en un rincón, bebiendo sin hablar con nadie, y ya no lo veo por aquí. ¿A cuál de las dos bandas pertenece? —preguntó.

—No tengo ni idea —dijo Cross—. Ya sabes que su especialidad es mostrarse poco y escurrirse rápido. Y lamentablemente, tampoco sabemos si ha matado a alguien, o la suya es la bala del piano, o la calibre 38 que hirió a Conan en la rodilla, antes o después de que un balazo proveniente de otro revólver lo matara.

Cross y Sisley se dirigieron entonces al teniente Hiram, que había retomado su lugar junto a los sabuesos que revisaban el Old Bayley's:

—¿De qué calibre es la bala del piano? —preguntó el profesor Sisley.

—38 —replicó el teniente—. Y no hay más balas perdidas en ninguna parte del local, ni nadie más ha sido herido.

— ¿Hay algún rastro de sangre saliendo del local hacia la calle? —No.

—Entonces —aseveró el profesor— nuestros misterios no son tan misteriosos. Estoy en condiciones de decirles si la bala de Mulligan mató a alguien, y de qué bando.

¿Mató Mulligan a alguien? Si sí lo hizo ¿a un hombre de qué bando?

Solución

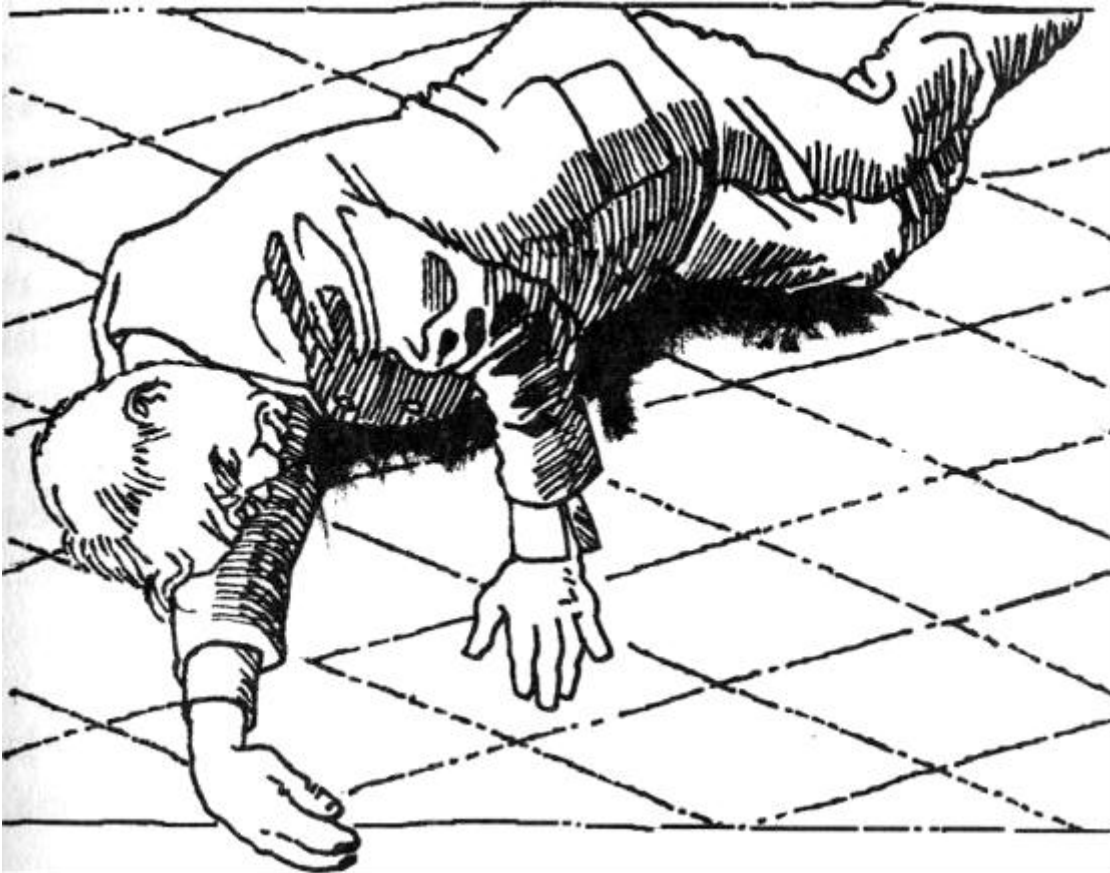
36. EL CASO DEL SEXTO DISPARO

Mulligan estaba en el Old Bayley's apoyando a la banda visitante, la de O'Leary, y ha matado a alguno de los hombres de la banda local, la de la calle D (a Brentley o a Grunwald).

Explicación: Pat Brentley y «Dedos» Grunwald, de la banda local, han recibido sendos balazos mortales calibre 44, y sólo tenemos un miembro de la banda de O'Leary (a saber: Emerson) armado con ese calibre, y ha hecho un solo disparo; el otro, tuvo que provenir de Mulligan.

(Nota: ¿Por qué el profesor se asegura de que no hay rastros de sangre a la salida del local? Porque si Mulligan hubiera escapado herido las cosas cambiarían bastante. Siempre hubiera sido el asesino de al menos un hombre de la banda local, pero tendría que haber hecho un disparo más, no sabemos si mortal o no, para compensar la bala que se «llevaba puesta». También podría haberse llevado más de una bala en el cuerpo; en un extremo de fantasía, podría haber recibido los cinco balazos disparados por ambas bandas, y haber disparado, con un 38 en una mano y un 44 en la otra, las seis balas halladas en el Old Bayley's.)

37. MORIR EN PRIMAVERA



El secretario del abogado Garland, un tipo fornido enfundado en un traje demasiado estrecho para su tamaño, abrió la puerta del bufete y entró, seguido del comisario Cross, el teniente Hiram y el profesor Sisley.

—¿Cuál era el despacho de Garland? —preguntó Cross.

—El de la izquierda. El de la derecha es el mío —respondió el secretario.

Cross se calzó sus guantes, y empujando el picaporte hacia abajo por el filo, suavemente, abrió la puerta indicada. Por la ventana abierta entraba la brisa de la primavera. No había en el despacho señales de lucha, y sí un frasco de ansiolíticos y un vaso de agua en una esquina del escritorio. Mientras el profesor Sisley y el teniente Hiram examinaban la ventana y el escritorio, Cross dijo al secretario:

—Cuénteme qué pasó.

—Aproximadamente a las 5 de la tarde Garland se encerró en su despacho y me dijo que no lo molestara, que necesitaba concentrarse en un juicio bastante

complicado. Yo también tenía trabajo pendiente, así que me fui a trabajar a mi escritorio. El pobre Humbert debe haber estado revisando su determinación, porque durante cerca de una hora no pasó nada más. De pronto, tocaron el timbre y el portero apareció con la noticia: mi jefe se había tirado por la ventana. No sé, estaba tan nervioso últimamente... pero matarse así...

—¿Qué hizo usted, cuando le dieron la noticia?

—Cerré el bufete con llave y bajé con el portero a la calle. La policía ya estaba allí y había acordonado la zona. Luego llegaron ustedes.

Hiram había estado echando polvo detector por todos lados:

—En un cajón del escritorio de Garland hay una pistola de 9 mm, sin huellas digitales en ella y sin señas de haber sido disparada recientemente; en el tirador que abre la ventana, están claramente estampadas unas huellas de la mano derecha de Garland, al igual que en el frasco de ansiolíticos, que está casi vacío; no hay huellas en el picaporte de la puerta del despacho de Garland, ni de dentro ni de fuera; no hay una nota de despedida.

—¿Usted sabía que Garland tenía una pistola en su escritorio? —preguntó el profesor Sisley.

—Sí. Yo también había pensado en tener una.

—¿Por qué?

—Garland aceptó hace unos meses defender a un delincuente muy poderoso; el dinero que le pagó era mucho, más de un millón, pero a mi entender se trataba de un negocio peligroso; de hecho, el tipo ha sido condenado, y está amenazando con hacer matar a Garland.

—Me temo que es lo que ha hecho, y que usted ha sido su cómplice. Su trama está bien urdida en general, pero los detalles han sido descuidados. Ya terminaremos de aclarar eso en la jefatura. Arresta a ese hombre, Bernard.

¿Por qué sospecha el profesor Sisley del secretario?

Solución

37. MORIR EN PRIMAVERA

Si Garland se encerró en su despacho, no hay motivo alguno para que no haya huellas de su mano en el picaporte de la puerta, ni de dentro ni de fuera. En su afán por desvincularse de la escena del crimen, el secretario limpió el picaporte cuidadosamente, con lo cual sólo logró incriminarse.

Una reconstrucción de los hechos mostró que el secretario amenazó a Garland con su propia pistola, para obligarlo a tomar los ansiolíticos; estando su jefe ya adormecido, estampó las huellas del mismo en el tirador de la ventana y lo arrojó al vacío.

38. LA EDAD DORADA



—Una buena pelea, la de la otra tarde aquí, ¿verdad, Burton? —dijo el profesor Sisley al viejo barman que le servía su whisky en la barra del cochambroso Oíd Bayley's de la avenida D.

—Oh —respondió Burton, con aire de modestia—. Cuatro muertos. No fue nada, profesor. Peleas eran las de antes.

—¿Por ejemplo, Burton?

—Ah, en los tiempos de Cozy Jones y el alfeñique Moe, sí que se daban duro.

—Yo creía que Cozy y Moe trabajaban juntos.

—Bueno, ese era exactamente el problema. Juntaban fuerzas, para dar grandes golpes, y después se agarraban a tiros por el reparto del botín. A veces había por el barrio treinta, cuarenta tipos a balazo limpio, unos contra otros.

—¿No estás exagerando, Burton?

—En absoluto, profesor. Recuerdo la vez que las dos bandas se unieron para tomar el pueblo de Summerville y alzarse con el dinero del banco, el correo, la joyería, y cuanto local contuviera algo de valor. Mi memoria falla un poco, pero le puedo asegurar que participaron decenas de bandidos, y que recaudaron una muy buena suma. Cuando se repartió el botín, les tocaban exactamente 2.000

dólares por cabeza: ¡créame, entonces eso era una fortuna, no lo que es hoy! Pero la ambición pudo más, y terminaron cosiéndose a balazos en el Bajo Manhattan. Un cuarto de los que habían participado de la toma de Summerville murieron en una sola noche. Cayeron hombres de ambos bandos, pero los del alfeñique Moe finalmente se impusieron: al terminar la batalla y pactarse la paz, de lo que había sido la banda de Cozy Jones quedaban vivos sólo ocho hombres. Los de Moe se repartieron el botín de los muertos, propios y ajenos, de modo que cada uno sumó a su parte 1.000 dólares más. En resumidas cuentas, los de Moe que sobrevivieron se alzaron con 3.000 dólares cada uno, mientras que los supervivientes de la banda de Cozy Jones conservaron sus 2.000. ¿Me cree ahora, Doc?

El profesor Sisley estaba haciendo unas cuentas sobre el posavasos. Levantó la vista y dijo sonriendo:

—Sí que te creo, Burton: eran una buena cantidad de bandoleros los de aquella edad dorada.

¿Cuántos bandidos habían tomado Summerville? ¿A cuánto ascendía el botín? ¿Y cuántos murieron en la pelea por el reparto?

Solución

38. LA EDAD DORADA

Tomaron Summerville 32 hombres y levantaron un botín de 64.000\$. En la pelea por el reparto murieron 8, y quedaron 16 de Moe y 8 de Cozy Jones; así, los supervivientes de la banda de Moe se llevaron finalmente 3.000\$ cada uno ($3.000\$ \times 16 = 48.000\$$) y los de la banda de Jones quedaron con sus 2.000\$ por cabeza ($2.000\$ \times 8 = 16.000\$$).

39. UN CASO MARCIANO



—Adams, ya no sé que estoy haciendo —dijo molesto el profesor Sisley, abatiendo su rey—. Esta partida está perdida hace tiempo.

—Esta vez estabas distraído tú —dijo Adams—. Cuéntame qué pasa.

—Nada, estoy tratando de resolver un caso muy marciano, al que no le hallo ni pies ni cabeza.

—Aunque no lo creas, yo una vez resolví un caso más marciano que cualquiera que se te haya presentado. Pero vamos, cuéntame.

—Oh, dejemos mi caso —replicó sonriendo el profesor Sisley—. Cuéntame el tuyo. ¿Fue un asesinato?

—Bueno, en cierto modo.

—¿Cómo en cierto modo? Un caso es un asesinato o no lo es. No hay asesinatos a medias.

—No te apresures, Sisley, escucha. Solía yo conversar en el Central Park con un tipo que estaba completamente chiflado. Bueno, no completamente: sólo cuando se trataba de platillos volantes. Aseguraba que una vez por semana lo venían a buscar los marcianos con sus platillos para llevarlo de visita a su planeta, a fin de que transmitiera a los terrestres sus conocimientos y a su vez los aconsejara a ellos en determinadas materias. Te confieso que cuando me contaba el modo de vida marciano no me parecía más insensato que el nuestro. El caso es que un día lo llevaron a un juicio marciano: dos sujetos enmascarados habían matado a un tercero, llamado GLUP44, robándole la batería que lo

alimentaba y dejándolo morir de inanición eléctrica; la policía había detenido a cuatro sospechosos, y les había tomado declaración:

- MM2M dijo que Qwertyuiop era culpable;
- J@J@ dijo que Qwertyuiop y Francis Drake no habían matado a GLUP a dúo: uno de ellos dos —él no estaba dispuesto a decir cuál— sí había participado del crimen y el otro era inocente;
- Qwertyuiop y Francis Drake, por su parte, se habían limitado a afirmar, cada uno de ellos, su propia inocencia.

Ni el juez marciano ni mi interlocutor habían podido avanzar gran cosa con el caso, por lo cual habían congelado a los sospechosos con un rayo helado mientras se lo pensaban. Quiso saber qué me parecía y le pregunté si podíamos asumir que los culpables mentían. Me respondió que sí. «Los marcianos son tipos muy recios y no se andan con vueltas —dijo—. Puede usted asumir que los culpables mienten y los inocentes dicen la verdad. ¿Quiénes desconectaron al viejo GLUP44?». Le dije entonces que los asesinos eran... —Un momento, un momento, Adams —dijo el profesor Sisley—. ¡Déjame que intente resolverlo yo también!

¿Quiénes desconectaron al viejo GLUP?

Solución

39. UN CASO MARCIANO

Los asesinos son MM2M y Francis Drake.

¿Cómo se deduce? Si J@J@ mintiera, Qwertyuiop y Francis Drake serían los asesinos, y por lo tanto nos encontraríamos con que J@J@ es un inocente que dice una mentira, posibilidad que los marcianos han excluido expresamente. J@J@ dice entonces la verdad, y es inocente.

El otro inocente es o bien Qwertyuiop o bien Francis Drake, como el propio J@J@ ha afirmado. MM2M, entonces, debe ser uno de los asesinos, y miente cuando dice que Qwertyuiop es culpable: Qwertyuiop es entonces inocente, y los asesinos son MM2M y Francis Drake.

40. EL VIDRIO ILÓGICO

—Estábamos esperándote, Cranton. Levanta las manos. Tenemos una orden de arresto y allanamiento.

«Lindo» Cranton se dejó revisar mansamente. No estaba armado. Abrió luego la puerta de su casa, e «invitó» al comisario Cross, a sus ayudantes y al profesor Sisley a pasar. Mientras revisaban la casa, Cross interrogaba a Cranton:

—¿De dónde vienes?

—De la calle 47 esquina con Lexington. Han matado a Hermán Rutheford.

—¡No me digas! ¿Y por casualidad no lo habrás matado tú?

—¿Es por eso que están aquí?

—Sabes que estamos aquí porque te vieron escabullirte de las inmediaciones en forma bastante apresurada.

—¿Y qué quería que me quedara haciendo allí? ¿Esperando que me mataran a tiros también a mí desde esa ventana al otro lado de la 47? Ya tuve bastante con que me pasaran al lado las balas que acabaron con el pobre Hermán.

—¿Así que estabas con Hermán? ¿Y eso desde cuándo? Hay mucha gente que me dice que estaban peleados mortalmente, por una tal Peg, o Meg, o algo así.

—Oh, Peggy, eso fue hace tiempo. Los verdaderos caballeros no dejan que una chica cualquiera quiebre su amistad.

—¿Se te ocurre, entonces, quién puede haberles disparado a ustedes, par de ángeles?

—Desde luego, no somos ángeles. Se me ocurre bastante gente que nos odia, ya sea a él, ya sea a mí. Si me promete confidencialidad, puedo decirle cierto nombre.

—Muy bien, pero mientras tanto me gustaría hacer un par de pruebas con tus manos. Hemos terminado ya aquí; vamos al laboratorio.

No había restos de metal ni de pólvora en las manos de Cranton. Si era él el que había disparado, lo había hecho con guantes. Pero...

—Cranton, haber usado guantes te honra como un criminal consciente, pero lamento decirte que hemos hallado restos microscópicos de vidrio en tu chaqueta. Si ese vidrio coincide con el de la ventana que fue atravesada por las balas que mataron a Hermán Rutheford, estás en problemas. Te conviene hablar ya mismo, mientras hacemos la comparación.



—Comisario, si hay restos de vidrio de esa ventana en mi chaqueta, sería bastante normal, ya que desde allí me dispararon. Le dije que estaba con Hermán, y que las balas me silbaron delante de la nariz. ¿Su vidrio está chiflado, y viaja hacia el que dispara mientras las balas se alejan de él? Si quieren a toda costa encarcelarme les conviene buscar algo más lógico.

—Su presencia de ánimo es admirable —dijo el profesor Sisley— pero no somos tan ignorantes como usted cree.

¿A qué se refiere el profesor Sisley? ¿Qué es lo que está incriminando a «Lindo» Cranton?

Solución

40. EL VIDRIO ILÓGICO

Lo que incrimina a Cranton es exactamente lo que ya le han dicho: la presencia, en su ropa, de partículas de vidrio del ventanal desde el cual dispararon contra Hermán

Rutheford. Un vidrio es un fluido, y cuando es atravesado por una bala, viajando a una altísima velocidad mientras gira sobre sí misma, se desprenden de ese vidrio minúsculas partículas que viajan hacia el que disparó. Cualquier otro fragmento de vidrio, resultante de la rotura de la ventana y expulsado hacia afuera, es imposible que atravesase los más de diez metros de ancho de una calle.

Contrariamente a lo que dice, Cranton continuaba odiando mortalmente a Rutheford y cuando lo vio pasar por la calle se puso sus guantes y vació sobre él el cargador de su pistola sin perder tiempo en abrir la ventana. Luego, antes de regresar a su casa se deshizo del arma y de los guantes.

41. EL CASO DE LOS CUATRO PISTOLEROS



—Tengo un bonito problema para ustedes —dijo el profesor Sisley a sus alumnos de la Escuela de Investigadores—. Cuatro pistoleros están tratando de determinar cuál de ellos ha matado más gente. «Tirofijo» Rosental compara las muescas de su revólver con las que tiene James Crook en el suyo y le dice:

—Me he cargado unos cuantos más que tú, aprendiz.

El tuerto Alphonse y Demirjian suman las muescas de sus armas mientras James Crook y Rosental suman las de las suyas; el resultado es, curiosamente, el mismo.

Luego, Demirjian y James Crook suman sus muertos, y resulta ser que, entre ambos, han matado más que el tuerto Alphonse y «Tirofijo» Rosental.

¿Quién dirían ustedes que mató a más gente? ¿Quién ocupa el segundo lugar, quién el tercero?

Solución

41. EL CASO DE LOS CUATRO PISTOLEROS

Demirjian es quien ha matado más, seguido por «Tirofijo» Rosental, James Crook, y el tuerto Alphonse.

42. LA BATALLA DE PRINCETON



El profesor Sisley había acudido a dar una clase en la Universidad de Princeton, y tenía programado tomar el tren de las 20.30 de regreso a Nueva York. Empero, al llegar a la estación la encontró cerrada, y un gran tumulto de policías en la puerta.

—Aparentemente —le explicó el jefe de policía de la localidad— cuatro integrantes de la banda se dieron cita aquí buscando un lugar tranquilo para repartir el botín; algún desarreglo debió de surgir entre ellos, porque se han acribillado a balazos aquí mismo, en la estación. ¡Por suerte, no ha habido víctimas inocentes! Han quedado decenas de casquillos por todos lados, balas incrustadas en todas partes, vidrios rotos y dos delincuentes muertos, uno con una bala calibre 38 Special y otro con una 357 Magnum; además, tengo un par de detenidos que, según me han informado, son dos maleantes bien conocidos por la policía de Nueva York: Charles «Silver» McHenry, que llevaba encima un

revólver Dan Wesson 357 Magnum, y Richard «Birdie» Morton, que portaba el 38 Special. Los muertos, aparentemente, estaban desarmados; así que tengo todo: los cuerpos del delito, los asesinos y sus armas. No tengo aquí un equipo de investigadores, pero cuando lleguen de Nueva York no van a tener mucho que hacer.

—No se apresure, jefe —dijo Sisley—. ¿Me deja mirar un poco?

—Por supuesto. Aquí vienen físicos y abogados eminentes, pero raras veces tengo a un experto criminólogo de visita.

—Vine a dar una clase de arqueología —respondió con un guiño el profesor Sisley—. Estoy retirado del negocio policial, ¿sabe?

Sisley se interesó en primer lugar por las armas: no le llevó mucho tiempo notar que el 38 Special de Morton no había sido disparado, y así se lo comunicó al jefe de policía.

—¡Demonios! ¿Y entonces dónde está el arma que me falta?

Dio orden de que buscaran un .38 Special por toda la estación: tal vez el tunante de Morton andaba con dos revólveres, y había tenido tiempo de desprenderse de uno antes de que lo detuvieran. Mientras sus hombres cumplían la orden, dijo a Sisley:

—¿Nos habremos equivocado con las balas? ¿Serán todas .357? A fin de cuentas, aquí no tenemos mucha acción, pero si no recuerdo mal lo que aprendí en la escuela, los cartuchos calibre .357 Magnum y los .38 Special son casi idénticos...

—No creo que sus hombres se hayan equivocado con las balas: las del .38 especial son más cortas. Tal vez Silver McHenry haya hecho todo el trabajo; no sería la primera vez que al empezar el tiroteo el camarada Morton se escabulle sin molestarse en disparar ni arriesgarse a que lo rasguñen...

¿A qué se refiere Sisley? ¿Qué puede haber pasado?

Solución

42. LA BATALLA DE PRINCETON

Como bien recuerda el jefe de policía, los cartuchos calibre .357 Magnum y los .38 Special son prácticamente idénticos, y por lo tanto un revólver .357 Magnum puede disparar balas .38 especial (no al revés, porque el tambor del .38 Special no puede alojar una bala .357 Magnum, demasiado larga para él).

43. EL RASTRO DEL PASEANTE



El profesor Sisley había emprendido una excursión solitaria para observar pájaros cuando se tropezó con una partida policial formada por un oficial y dos ayudantes, cada uno de los cuales llevaba un sabueso.

—¡Pero si es el profesor Sisley!—exclamó el oficial—. ¿Se acuerda de mí? Fui alumno suyo en la Escuela de Investigaciones.

—Por supuesto, Feldman. ¿Busca algo que se le perdió?

—Así es. Una patrulla se tiroteó con un grupo de ladrones en la carretera esta madrugada y uno de ellos, herido en una pierna, ha escapado por aquí. Mire, le estamos siguiendo el rastro —dijo el oficial Feldman, y le mostró unas huellas en el sendero de tierra:



—Se ve claramente que se ha fabricado un bastón y camina ayudado por él, ¿verdad? ¡Sin duda, lo atraparemos!

—Feldman, me temo que no, al menos no por este sendero. Este rastro no corresponde a un hombre que se apoya en un bastón.

—Disculpe, profesor, ¿que sería entonces el pequeño orificio que se repite junto a las pisadas?

—Sí es un bastón, pero el hombre que lo maneja no está apoyándose en él.

—¿Usted lo dice porque el orificio no parece muy profundo? Lo pensé, pero he notado que la tierra está muy seca y dura, y esa podría ser la explicación.

—Esa no es la explicación. La explicación es que el hombre está paseando.

¿Cómo lo sabe el profesor Sisley?

Solución

43. EL RASTRO DEL PASEANTE:

Si el rastro fuera el de un hombre que se apoya en el bastón porque tiene una pierna lastimada, se vería la marca del bastón junto a cada pisada izquierda o derecha, o sea, una marca cada dos pisadas; en el rastro que el oficial está siguiendo, en cambio, la marca del bastón se ve cada tres pisadas, lo que hace que a veces quede al lado del pie derecho y otras, siempre del lado derecho, pero a la altura de la pisada del pie izquierdo. Este es el patrón de marcas de un vigoroso paseo con bastón; usted puede comprobarlo fácilmente, caminando mientras apoya un paraguas ligeramente en el suelo acompañando el ritmo de la marcha.